

La mujer del inquisidor

Catherine Roberts



ÍNDICE

Capítulo 1. La recién llegada...	2
Capítulo 2. Desaparición.....	16
Capítulo 3. Secretos.....	28
Capítulo 4. Juegos de mujer...	35
Capítulo 5. Samhain.....	38
Capítulo 6. Culpables.....	44
<i>Epílogo</i>	51

“Vamos a darnos indiscriminadamente a todo lo que sugieren nuestras pasiones, y siempre seremos felices... La conciencia no es la voz de la naturaleza, sino solo la voz de los prejuicios.”
Marqués de Sade.

Independently published

@copyright. Todos los derechos reservados.
Obra registrada en Safe Creative, a efectos legales. Prohibida la reproducción total o parcial del contenido sin permiso escrito de la autora.

Capítulo 1. La recién llegada

El viento del norte hizo girar un enjambre de hojas secas entorno a la torre de la iglesia, esa torre que, a vista de pájaro, observaba el ir y venir de las gentes del pequeño pueblo acantilado. Desde el castillo, apostado casi sobre el mar, hasta el puesto de guardia de la puerta sur de la muralla, la villa estaba sembrada de riachuelos y casuchas habitadas por campesinos y artesanos ávidos de novedades, de cotilleos. Almas gobernadas con mano de hierro por Caleb de Essex, el duro y apuesto inquisidor. Alto, fuerte y pelirrojo; tenía en aquellas tierras más poder de decisión que la joven y bella reina Catherine.

Y, ¿qué cotilleo más jugoso que la inminente llegada de la prometida de su pastor y juez? Todos se morían de curiosidad: ¿cómo sería la pobre incauta? ¿Conseguiría ganarse el corazón del inquisidor? La religión imperante en aquellos lares permitía casarse a sus siervos; a excepción de obispos y monjes ermitaños, guardianes del Gran Espíritu. Con doble moral, predicaban la humildad mientras gastaban ingentes cantidades de dinero en construir hermosos altares y templos: lujosas construcciones plagadas de gárgolas, retablos y esculturas, con grandes vidrieras de colores. Mientras, las gentes del pueblo malvivían sin rechistar. Los feligreses donaban lo que tenían con gusto, no les importaba vestir ropas remendadas y comer estofado de paloma y rata cuando no había pesca, mientras Caleb, su ayudante, el obispo y la gente de la corte vestían ornamentadas casullas ellos y vestidos con perlas ellas, disfrutando de estofados de oso o jabalí y buen vino.

La recién llegada iba a ser afortunada... o eso se podría pensar. Su mayor obstáculo sería hacer a un lado a la ayudante de su futuro marido, una jovencita morena de grandes pechos y piel blanquísima que lo había seducido totalmente desde el primer mes que trabajó con él. Era un secreto a voces. Todos recuerdan que, cuando la ayudante llegó, se apiadaban de ella: Caleb era admirado y ofrecía un buen techo, pero también era temido. Era un inquisidor duro e implacable. No le temblaba la mano al enviar a hombres y mujeres condenados a la picota, al foso, al potro de tortura... o a decapitar. Era arrogante. Presumido. Podía ser algo desagradable en las distancias cortas... pero fascinante. Subyugador.

Resultó que Diana, su jovencísima ayudante, así lo encontró también, obviando su duro papel de juez... es más: sintiéndose fuertemente atraída por

su crueldad. Tardó solo una semana en decidir que iba a comenzar a seducirlo sutilmente, con miradas furtivas calculadas, mostrando convenientemente su trasero y su escote al agacharse a encender las velas o al servir los pucheros. Movimientos de gacela, estudiados y medidos para mandar las señales justas como para que acabara siendo él quien se acercara a ella. La joven se hizo la sorprendida e incluso se ruborizó cuando al fin, un día, Caleb se quedó parado frente a ella al cerrar las puertas tras un sermón, demasiado cerca, con la respiración entrecortada, mirando sus blancos y enormes pechos. Deseó acariciar esa piel de marfil, con aspecto tan suave pero que ardía como el fuego. Lo podía notar incluso sin tocar: Diana lo deseaba intensamente. Veía cómo lo miraba al predicar con su increíble labia e incluso la escuchaba jadear por las noches, en la pequeña habitación contigua, soñando con él. Sabía que estaba mal, que era incorrecto... pero ese día no pudo más. Posó delicadamente los dedos sobre ese generoso escote que subía y bajaba, jadeando, deseándolo y ella lanzó un gemido de placer. Se deshizo en besos sobre esa piel tan suave que parecía resbalar y esos gruesos labios rosados. Y entonces ella tomó la iniciativa: lo agarró fuertemente del trasero, allí mismo y lo atrajo hacia sí. Quería sentir su miembro erecto y notar su tamaño. Ese miembro tan deseado por las feligresas en sus fantasías, como se comentaba en la taberna cuando el alcohol corría raudo.

Diana no era virgen, fue repudiada y vendida a Caleb por sus padres por yacer con su primo carnal en los establos del ganado varias veces. Sus padres consideraron que ya no tenía honor ni valor y temían que además estuviera embarazada, cosa que no ocurrió porque Diana manejaba las artes de los preliminares muy diestramente. Ya no servía para casarla, le dijeron. Los hombres tenían dos salidas rápidas en casos de pobreza o deshonor familiar: unirse al ejército de la reina o ingresar como monjes ermitaños en el monasterio solitario del bosque; para las mujeres, las opciones eran parecidas: ingresar en el ejército como guerreras o como espías, o bien en el monasterio, pero aquí solo como sirvientas. Bien conocido era el alto nivel de fornicación que había en el monasterio entre los monjes y sus sirvientas. Ellos tenían una pequeña libertad de elección: podían ser botánicos, curanderos, escribas... profesiones que requerían estudio, pero para ellas solo quedaban las tareas domésticas y la cocina. Toda aquella que trataba de estudiar o dedicarse a una profesión respetable, era tachada de bruja y expulsada al bosque.

Lo que muy poca gente sabía era que las brujas, condenadas a vagar por el

bosque, sin poder volver al monasterio ni al pueblo, lejos de ser devoradas por los osos y lobos, como se pensaba, se unían en un círculo de mujeres ermitañas. Esta unión les permitía sobrevivir y algo más: ser artífices de rituales mágicos y secuestros... que aún darían mucho de qué hablar.

Pero, volviendo a la historia de lujuria (que no de amor) de Diana y Caleb, ese primer y tórrido contacto ya acabó en la cama con dosel de él, de cuyos cuatro postes colgaban cortinas que ofrecían algo de intimidad. La alzó en volandas y la alejó de la puerta del templo, besándola sin cesar, recreándose en esos labios deliciosos. La llevó al dormitorio y la arrojó sobre la cama sin contemplaciones. Al instante se sintió mal. Aún no sabía hasta qué punto esa joven de aspecto delicado carecía de delicadeza. Ella jadeó tan fuerte que el eco transportó el gemido por el artesonado y volvió hacia sus oídos, fue como si el sonido los acariciara. Se detuvo. Entonces Diana se arrodilló sobre las sábanas de seda y se bajó el corsé. Mostró sus pechos desnudos. Eran como una visión. Tan redondos, blancos y perfectos. Como hipnotizado, el atractivo inquisidor posó su boca sobre ellos. Diana se humedeció al instante, tras otro suspiro. Nada tenía que ver esa maravillosa destreza con la bestialidad de su primo. Sintió como si una carrera de hormigas le recorriera el cuerpo desde el pezón hasta su entrepierna. Fue potente. Y deseaba más. En aquel momento, Diana decidió que deseaba tener más y más. Y siempre. Solo para ella. Solo para ella. Ninguna otra mujer tocaría al pastor... al menos no una segunda vez. Debía ser suyo.

Aquel primer día abrió sus piernas para él, ofreciéndose como una flor acuática que se abre. Lo recibió en su interior con un placer incalculable e indecible, pues no lo amaba, pero lo deseaba y lo admiraba. Caleb la obsesionaba. Y quiso hacerle saber que su cuerpo reaccionaba, que podía tragárselo entero. Que lo haría si pudiera.

Disfrutó de sus investidas aquel día y el resto de días de aquel primer año, inventando posturas y placeres nuevos para él, solo para él. Casi abandonó del todo su catre para dormir cada noche en la gran cama con el pastor. Un secreto a voces que la gente aceptaba sin más. Estaban demasiado acostumbrados a no juzgar a los poderosos. A aceptar sus rarezas y pecados.

Pronto sería el aniversario de la llegada de Diana al templo, al santuario de su felicidad, pero ahora se sentía amenazada por la llegada de la maldita prometida de Caleb. Venía a estropearlo todo... No sabía si lo podría aguantar. No quería que nadie la echara de esa maravillosa cama donde había

tocado el cielo con la punta de los dedos tantas veces, con cada fibra de su ser. Pero no podía dejar patente su envidia sin más, ni amenazar a la recién llegada... tenía que ser más inteligente que eso si no quería perder sus privilegios. Debía pensar, y rápido.

* * *

María oteó el horizonte desde la grupa de su caballo. No entendía por qué la habían elegido a ella de entre todas las nobles de poca monta del reino vecino para ser entregada al inquisidor, como esposa. Ni siquiera conocía a ese hombre, pero no le gustaba lo que había escuchado sobre él. Le habían dicho que era un hombre imponente, capaz de captar la atención de las multitudes con su presencia, alto y atractivo, pero cruel. Incluso despiadado. Lo que otros veían como admirable desde su cobardía, ella lo encontraba monstruoso. Pero su rey, aliado de la reina Catherine del reino de Las tres águilas, había decidido qué dama sería entregada al famoso inquisidor, como tributo, tras un infame baile. Y le había tocado a ella. Le había tocado casarse con el monstruo. Encima, ella no era especialmente creyente, era más pragmática. Así que no veía la ventaja ni el privilegio por ningún lado. Siempre se había imaginado como la mujer de algún bravo guerrero o quizá de algún valiente espía, recorriendo el mundo juntos y asistiendo a fiestas en cada corte de todos los reinos del mapa de tierras conocidas... quizá más allá. Pero ahora le tocaba encerrarse en una iglesia con un hombre de personalidad repulsiva y pasar sus días en la oscuridad. No entendía cómo era posible que algunas de las otras candidatas asistentes al baile de selección le tuvieran envidia por haber sido la escogida. No lo entendía para nada.

Pero ahora solo quedaba ser valiente. Uno de los mejores sirvientes de la casa de su padre guiaba su caballo y cuatro guardias la escoltaban. Tan solo traía una pequeña carreta con sus pertenencias, ya que era noble pero de muy bajo rango. Su casa natal estaba casi desnuda de muebles y tapices, así como su arcón. Ya no sabía muy bien cómo adornar sus vestidos para que no parecieran siempre los mismos en sus apariciones en público, trataba de disfrazarlos con nuevas puntillas y volantes, añadiendo sobretelas y cambiando las mangas o quitándolas en verano. Afortunadamente, sus facciones suaves y su abundante pelo rubio le daban margen para la invención a la hora de arreglarse.

Ya se veía la iglesia que sería su nuevo hogar, sobre la colina oeste del pueblo, con los pináculos de sus torres clamando al cielo azul... como si lo

pincharan. Como si las nubes pudieran engancharse en ellos. Ahora sí que sentía lejos su casa familiar... Se le encogió el corazón. No era consciente del todo de que nunca volvería.

Cuando llegaron a la plaza del pórtico de la iglesia, decenas de ojos curiosos la observaron con avidez. Allí reunidos para la morbosa ocasión, algunos murmuraban, otros sonreían y otros la miraban con una mezcla extraña de lo que parecían lástima y celos. Los grandes portones estaban abiertos, dejando que los rayos de sol entraran tímidos en la oscuridad del templo. Y en el marco de la puerta, bañado por esos rayos, estaba él: su inminente marido. Caleb la observó serio, como era costumbre, pero María pudo adivinar una sombra de agrado en sus ojos. Y estaba en lo cierto. La primera impresión que sintió el pastor fue que esa joven rubia era más hermosa de lo que se esperaba. Parecía serena y, de alguna forma, valiente. Tenía un porte regio a pesar de vestir de forma humilde para ser de alta cuna. Ya le habían advertido que la gran mayoría de casas nobles de los reinos vecinos estaban muy empobrecidas debido a las guerras y hambrunas de los últimos tiempos. Pero le parecía bien. Supuso, desde su pensamiento machista, que así su esposa tendría menos caprichos y remilgos. Puede que así fuese más manejable e incluso podría ganársela con pequeños regalos más fácilmente. La volvió a mirar una vez más y la reacción de su cuerpo fue instantánea: no podía esperar para llevársela a la cama. Quería poseerla y enseñarle quién mandaba, tan solo eso. Aunque por un segundo lo invadió el temor ante la posibilidad de acabar aborreciéndola... o adorándola. No quería complicaciones románticas, tan solo seguir con su vida.

El trato incluía una boda íntima y rápida, ya que estaba mal visto que el pastor hiciese ostentación con ceremonias personales. Además, la novia no podía dormir bajo el mismo techo que él si no estaban casados. Así que Caleb dejó las puertas abiertas para los curiosos y revisó los preparativos de su propia boda: todo estaba listo.

Se acercó para ayudarla a bajar del caballo. Le tendió una mano firme.

–Bienvenida, María, del reino de Aradia, a tu nueva casa.

Ella observó un momento sus ojos castaños, tan cerca. De no haber sabido su historial de torturas y condenas a muerte, hubiese dicho que esos ojos tenían un brillo dulce. Aceptó esa mano enorme de dedos largos y pudo sentir su fuerza incluso a través de su guante de raso blanco.

–Gracias, pastor.

–Ya decidiremos cómo nos llamaremos el uno al otro cuando estemos

casados. “Pastor” no es adecuado –observó con sequedad–. Estarás cansada del viaje. Deshaz tu equipaje y date un baño. Diana, mi... nuestra ayudante, lo tiene preparado para ti. Ha añadido leche de cabra al agua, para suavizar la piel. Después, te vestirá para la boda.

La dulce María tragó saliva. No le preocupaba la boda en sí, llevaba toda la vida preparándose psicológicamente para un matrimonio de conveniencia, pero sí le inquietaba la noche de bodas... esa misma noche.

Diana observó a la recién llegada tratando de controlar su rabia y su respiración de dragón furioso. Se mordió el labio. “Mierda”, pensó. “Es guapa. Es preciosa. La voy a odiar mucho más de lo que creía”. Había estado semanas pensando en formas de librarse de ella aquella misma tarde para evitar la boda, pero ahora, al verla, otro tipo de estrategia comenzó a venirle a la mente. Quizá sería mucho mejor tratarla bien al principio y ganarse su confianza para así poder sonsacarle algún oscuro secreto con el que jugar o cualquier información con la que más adelante la pudiera sobornar para que se largara. Sí, era un buen plan. Ahora tocaba disimular.

El criado y los guardias de María trasladaron su escaso equipaje a los aposentos del pastor. Diana comenzó a sentirse invadida. Le estaban arrebatando lo que hasta ahora había sido su espacio... aunque nunca hubiera sido legítimamente suyo, así lo sentía. Un modesto baúl y unos pocos trastos más. Lo abrió para buscar un vestido apropiado para la boda... todos daban pena.

Tendría que dirigirle la palabra en algún momento, así que se animó:

–Señora María –balbuceó–, soy Diana, la ayudante en el templo y en la cámara del pastor. Y ahora también seré la suya.

Acertó a hacer una pequeña reverencia. Al agacharse, María no pudo evitar fijarse en sus enormes pechos, que sobresalían, abultados, de su verde corsé. Era imposible no reparar en ellos. Y difícil apartarla vista. Tan blancos...

–Encantada, Diana. ¿Estás tú sola para todo ese trabajo? ¿Casa y templo? ¿No hay nadie más? Debe ser agotador.

A la criada no le gustó su tono condescendiente.

–Esta capital es realmente un pueblo pequeño y hemos de ser humildes.

A María le extrañó esta humildad, vistas las enormes dimensiones del templo, al menos en altura. Aunque era cierto que parecía más grande por fuera que por dentro. Estaba muy oscuro, pero no había visto más que una nave central y un ábside lateral donde se encontraban aquellas habitaciones y,

suponía, el despacho de Caleb. Eso sí, las vidrieras de colores eran magníficas y las ropas azules y doradas del pastor no se quedaban atrás. A su lado, sus vestidos parecían tela rancia.

–¿Tenéis preseleccionado algún vestido para la ceremonia, señora?

–Estoy dudando entre dos, Diana. Podrías ayudarme a elegir el definitivo. Me gustaría que hiciera juego con las joyas de mi madre.

Abrió un pequeño cofre adornado con esmeraldas rojas y le mostró unos pendientes y un collar de brillantes y aguamarinas a su nueva ayuda de cámara.

–Preciosos, señora. Irán bien con casi cualquier cosa –afirmó, desarrollando su estrategia de ser amable y tantear el terreno.

Entonces sacó del arcón de su nueva ama dos vestidos descoloridos y los dejó sobre la cama de dosel... su cama. Uno tenía un color mostaza algo extraño, pero mostraría mucho el escote. Feo pero provocativo: Diana lo descartó de inmediato. El otro era de un blanco puro con hilos plateados, de cuello alto y con una capa de armiño gris.

–El blanco y plata, señora, sin duda. Es más elegante. Y el blanco es el color de la pureza.

–Es cierto, Diana. Estaba indecisa, pero tienes razón: este es más elegante. Creo que vamos a llevarnos bien.

Sonrió. Diana trató de sonreír e hizo una estúpida mueca con media boca.

–Voy a bañarla, señora. Antes de que se enfríe el agua.

–Está bien. Permite que me despida de mis hombres hasta más tarde y vamos al baño.

“Permite que...”, pensó la criada. Caleb nunca le había hablado con tanta educación y menos aún le había pedido permiso para nada. No estaba acostumbrada.

La observó despedirse de su guardia, tomándoles las manos. De forma sentimental aunque algo distante, demostrando su agradecimiento pero nunca como se lo mostraría a alguien de su misma clase. Los hombres abandonaron la habitación. Se quedarían solo hasta después de la ceremonia para ser testigos de ella y dar testimonio a la familia. Caleb había exigido que fuese un evento íntimo y los parientes de María no habían puesto ninguna pega, ya que no les agradaba la idea de hacer tan largo viaje para cumplir con un casamiento impuesto por su rey. Fuese por lo que fuese, habían dejado a María muy sola.

Diana cerró bien la puerta de la estancia.

–La ayudaré a desnudarse –dijo, colocándose tras ella y comenzando a

desabrochar los lazos de su corsé.

Tenía mucha curiosidad por saber cómo sería el cuerpo de esa mujer que no era más que una amenaza para ella y para el orden que reinaba en aquel lugar sagrado. Parecía algo delgada por arriba, pero, al quitarle la falda vio que tenía unos muslos y un trasero generosos. Bajo las medias sujetas por lazos se podía ver que tenía una piel bonita, pero no tanto como la suya. Al fin y al cabo, la criada sería unos pocos años más joven. Le quitó el corsé y la camisola interior también. Vio cómo María se encogía de frío y tapaba sus pequeños pechos con sus brazos. Era otoño y la chimenea estaba ya encendida, pero por aquellos techos tan altos siempre bailaban corrientes de aire que podían erizar la piel. Los tapices de los muros también servían de aislante. Era la primera vez que María tenía tapices.

—¿Y la estancia de baño? —preguntó, removiéndose desnuda sobre sí misma, cruzando las piernas, en un mojigato intento de cubrir su vello inguinal.

—No hay estancia para eso, señora. Aquí mismo, detrás del biombo, está la bañera y también el orinal. Luego dispondré otro para usted.

María observó la bañera de piedra sólida. Parecía pesada. De ella aún emanaban los vapores del agua y la leche calientes. Se dirigió hacia ella con gusto y se sintió relajada al introducir sus piernas. Abrió los brazos para apoyarse al sentarse y entonces Diana pudo ver bien sus pechos, efectivamente pequeños, pero muy firmes, como limones jóvenes. Se arrodilló junto a la bañera y comenzó a frotarla, sin esponja. Se olvidó literalmente de ella y comenzó a hacerlo con la mano. Notó cómo su futura señora se estremecía, extrañada, y cómo sus pezones se ponían duros, apuntando hacia el techo. Tras frotarle la espalda, quiso tocarle en pecho. Se lo acarició mientras lo lavaba, como si fuese parte de su trabajo, de forma muy natural y profesional. Pero María jadeó. No estaba acostumbrada a los baños y menos al contacto de la piel humana frotándola. Supuso que así serían las cosas en el reino de Las tres águilas y le dio vergüenza discrepar. Debía adaptarse. Diana pensó hasta qué límite llegar. Estaba disfrutando al conocer ese cuerpo femenino, pero no quería que su señora se molestase. Le lavó ligeramente el vello púbico, sin profundizar, como parte de un proceso mecánico. Se sorprendió a sí misma imaginando cómo metía los dedos en aquella vagina virgen para lavarla, para lavarla muy bien. Nunca le había pasado nada parecido con una mujer.

Lo achacó todo a lo estresante de la situación y acabó rápido. La secó con cuidado y la ayudó a vestirse. Cuando hubieron acabado, le colocó las joyas antes mencionadas. Parecía una princesa de fantasía. Sin tanto boato como la

reina Catherine, que siempre andaba con sobrecapas y escudos bordados en oro en toda su ropa, pero mucho más etérea.

Al salir hacia la nave central para dirigirse al altar, ambas vieron que los bancos de la iglesia estaban más llenos de lo esperado. Tomaron sus respectivas posiciones. De nuevo, María vio esa complacencia contenida en el gesto de su inminente marido. Estaba encantado con su visión, pero apretaba los músculos de la cara y entornaba los ojos para disimular. La ceremonia fue presenciada por casi todo el pequeño pueblo, finalmente. El pastor reprodujo las palabras del Gran Espíritu pronunciado misa en lengua antigua, con gesto y tono solemnes. Ni una sola palabra referida al amor en toda esa perorata. María vio a una elegantísima mujer de pelo largo castaño oscuro en el primer banco, rodeada de un séquito: ¡era la reina Catherine! No contaba con su presencia y no había sido avisada. De hecho, casi nadie le había dirigido la palabra, se sentía como una hoja movida por el viento. O más bien como una marioneta. Pero debía haberlo supuesto, el templo estaba muy cerca del castillo y el inquisidor era una figura notable en aquel diminuto reino. Debían de ser amigos o, de lo contrario, la reina estaría allí por cortesía y compromiso. Sus nervios aumentaron. Al acabar, se repartió vino de barril entre el pueblo asistente. Las gentes ya habían satisfecho su curiosidad por saber cómo sería la mujer del inquisidor. Pronto comenzarían a lanzar toda clase de rumores sobre ella. No tardarían demasiado.

La reina se acercó, altiva, a felicitar a los novios, sin mostrar mucha emoción.

—Siento que no hayáis tenido una gran fiesta, María, nueva señora de Essex. Ya le dije a vuestro marido que podía disponer de la galería de la corte, en mi castillo, para realizar un banquete, pero declinó mi oferta —le contó, mirando de reojo al pastor—. Quería una boda lo más íntima y rápida posible. Aun así, me gustaría invitaros personalmente al castillo. Venid mañana, después de la hora de ruegos y peticiones. Quiero conoceros un poco mejor.

No era una propuesta, estaba claro: era una orden.

—Por supuesto, su majestad.

La reina observó una vez la hermosura de esa pobre criatura que acababa de meterse en la boca del lobo. Resplandecía con su vestido viejo de hilos de plata y esas delicadas aguamarinas en torno a su cuello y cerca de su rubio cabello. Sabía el motivo por el que el pastor quiso casarse tan

precipitadamente; conociéndolo, algo debía sacar del obispado. La situación no le olía bien. De pronto, se sintió muy protectora con aquella recién llegada. Obsequió a los recién casados con un pequeño cofre lleno de monedas, como presente. Se despidió, acto seguido, deseándoles felicidad.

Algunos de los invitados, pasaron al salón comedor, en las propias dependencias del pastor. Tan solo una mesa larga frente a la chimenea, cubierta por un mantel de hilo verde. Se sentaron a la mesa junto al obispo y dos monjes, relajados al fin. Diana sirvió un asado de jabalí, regalo de los monjes para la ocasión, y un estofado de conejo acompañado de pan de nueces. Hizo el amago de sentarse a la mesa con los demás. Entonces, el obispo lanzó una mirada reprobatoria a Caleb y éste indicó a Diana que no se sentara con ellos. María lo observó todo con suspicacia.

–Se trata de limpiar tu buen nombre y acallar rumores, Caleb –susurró el obispo.

De ahí la prisa por casarse, dedujo María. La reputación de Caleb estaba en entredicho, al parecer. Pero ella no sabía aún por qué.

–Y, si es posible –continuó el obispo–. Dale pronto hijos a esta bella palomita. Con eso estarás cubierto. Luego podrás hacer lo que te plazca.

–Claro, eminencia –respondió, exhortando silencio con la mirada.

El resto de la velada, la dedicaron a hablar de asuntos de estado y problemas por solucionar en el monasterio. Nada de una fiesta feliz. Caleb no le dedicó ni una mirada a su nueva esposa. Ni una palabra. Ni un intento por conocerla mejor. María supuso que eso ya lo harían más adelante, en la intimidad, pero no pudo evitar sentirse asilada y triste. Era la boda menos romántica de la historia. Y ella misma dudaba de si querría conocer mejor a su marido... o ver las cosas terribles que tenía que hacer día a día en su trabajo, como juez implacable del Gran Espíritu. Ver esas famosas condenas a muerte... no sabía si lo podría soportar o si los condenados realmente lo merecerían. Los dos monjes jóvenes lanzaban miradas furtivas a Diana y a María cada tanto, escrutándolas, fascinados por sus respectivas bellezas: rotunda y serena. Aquella combinación no la veían cada día, recluidos en su bosque.

Diana iba y venía, sirviendo la comida y retirando vasos y platos de loza, pero lo escuchaba todo también durante las esperas, al otro lado de la puerta, comiendo sola, sentada en pequeña mesa que había en el cuarto de Caleb, frente a la chimenea. Así los oiría mejor que desde su habitación... donde esta noche tendría que regresar con fastidio. ¡Oh, no lo había pensado!: desde su

camastro se escucharía fornicar a los recién casados en su noche de bodas. Era una tortura innecesaria, “¡Maldita sea!”, pensó. Por primera vez en años, sintió ganas de echarse a llorar. Pero ella no era de esas. Y había un plan que cada vez tomaba más forma en su mente para que Caleb no la echara del todo de sus aposentos...

Cuando al fin se hubieron ido todos, Diana recogió rápido los restos de la mesa y fue a hablar con Caleb.

–Caleb, tengo un regalo especial para ti. Te lo daré en un rato. Es algo para ayudarte en tu noche de bodas.

–Vaya, qué considerada, Diana. Pero no me fio de ti.

–Sabes lo que significa para mí todo este paripé y lo mal que lo estoy pasando, así que no lo rechaces. Escucha, ¿tú quieres que tu joven mujer goce al perder su virginidad, verdad? ¿No querrás que sea algo tan frío y traumático que mañana mismo salga corriendo de regreso a casa? Lo digo porque te conozco y puedes ser muy insensible a veces. Y porque perder la virginidad duele y tú tienes una herramienta enorme –añadió señalando–. Yo ya venía con el camino hecho, pero que lo primero que te metan sea ese monstruo...

Caleb sonrió, entre tímido e hinchado de orgullo.

–Supongo. Y, ¿qué has pensado?

–Digamos que voy a “preparártela”. Quiero que mires a través de la cerradura de la puerta y que pases solo a mi señal.

–Me divierte tu regalo. Está bien. Veamos qué es.

Diana sonrió malévolamente...

Se dirigió a la habitación y observó a María sentada frente al espejo, quitándose las joyas. La miró desde el cristal.

–Dime, Diana, ¿tú sabes lo que va a pasar esta noche? Nadie me ha hablado demasiado de ello y estoy nerviosa. Aunque eres joven y la ayudante de un pastor, ¿cómo lo vas a saber?

–Sí, lo sé, señora. Bastante bien. De hecho... el señor me pide que la ayude y me ha dado unas directrices. Venga conmigo.

Diana puso a María de pie y, una vez más, comenzó a desvestirla, con ese sentimiento de nervios y anticipación. Le gustó ver de nuevo esa silueta que se transparentaba bajo la camisola. Cuando fue a subirle la camisola para dejarla completamente desnuda, María tiró de ella hacia abajo instintivamente.

–¿Es necesario? ¿No podría dejarme la camisola al menos? ¿O que

después me la quite él?

–Hemos de hacer caso a sus instrucciones precisas –mintió.

Retiró la prenda, tironeando de ella, luchando contra la ligera resistencia que ejercía María. Observó otra vez ese cuerpo tentador... Se percató de que se mordía el labio.

–Bien, ahora súbase a la cama. De rodillas.

María obedeció despacio, dudosa.

–Hacia acá. Cerca del borde, mirando hacia la puerta. No tema –tuvo que decir para tranquilizarla, al percibir su temblor.

–Relájese, señora. No le va a pasar nada malo. Al revés. Va a ser muy placentero. Después del susto inicial, seguro que querrá repetir, se lo digo yo –se le escapó–. Quiero decir que a mí me gustaban estas cosas, con un chico... antes.

Era una tontería disimular. María no tardaría nada en enterarse de que Caleb y la joven morena de piel de perla que ahora la estaba desnudando y guiando eran amantes. Diana pensó en ello, pero decidió que había que aguantar un poco más.

–Muy bien. Un poco hacia delante, cerca de los postes de la cama. Eso es. Deme un brazo.

María, de rodillas sobre el pie de la gran cama, obedeció, sumisa pero temblorosa. No entendía nada. ¿Qué gustos tan extraños tendría el inquisidor? ¿Qué juegos le gustaban? Entonces, la criada sacó un lazo de tela de un cajón, tomó fuerte su muñeca y se la ató a uno de los postes de la cama, alzándole el cuerpo hacia arriba. Después hizo lo mismo con el otro brazo. En un momento, María quedó crucificada y desnuda, con las piernas algo abiertas para mantener el equilibrio. Sintió que le faltaba la respiración. Observó, acto seguido, cómo Diana se desnudaba también frente a ella, ofreciéndole el espectáculo tanto a su señora, que miraba estupefacta su parte delantera, como al inquisidor, que observaba por el ojo de la cerradura su hermosa trasera.

Caleb pensó que hasta ahí había llegado la cosa y ya le tocaba pasar. Se moría por hacerlo, pero Diana aún no lo llamaba. Estaba demasiado excitado y duro.

Entonces Diana se acercó muy lentamente, como una serpiente, a su presa: el cuerpo de su rival. María se quejó y se hizo hacia atrás. Diana pasó los dedos muy suavemente por los laterales del torso de su señora, por su cintura y por sus caderas, haciéndole cosquillas con el tacto. Después por su cuello y por el contorno de sus pechos, fue abarcando cada vez más piel de los

pechos en su recorrido hasta que notó cómo se endurecían. Entonces besó el pezón despacio. Sacó la lengua. La movió ligeramente. María gimió y trató de liberarse, cerrando las piernas al tiempo. Diana observó cómo un poquito de líquido brillante y transparente resbalaba por los muslos de su presa. Se había humedecido. Trabajo hecho. Pero necesitaba un poco más, para sí misma, por placer. Así que besó el otro pezón hasta que lo sintió tan duro como una roca en su boca. María jadeó ahora más descontroladamente y apretó con más fuerza sus muslos. Empezaba a desear aquello. Miró con desprecio a su atractiva donante de placer, pero deseando más al tiempo. Entonces, Diana se apartó. María respiró rápido, con temor al siguiente paso.

La criada se colocó sobre la cama, boca arriba y se arrastró por las sábanas hasta colocar su cabeza justo bajo la vulva de su señora, obligándola a separar las piernas. Cuando esta lo hizo, Diana atacó su zona íntima con deseo, besándola con pasión, cerniendo su boca entorno a los labios menores y el clítoris de su desprevenida víctima, sin preparación. Ahora María chillaba de sorpresa y placer. Y Caleb no pudo más. Entró en la habitación como un tornado.

—¿No pensabas llamarme nunca? —preguntó, con una furia de un toro bravo.

Se deshizo de la camisa rápido y María pudo ver un torso perfecto, fortísimo y duro, con unos brazos torneados y llenos de pecas, que bien podían ser de un soldado.

—Quería ver cuánto aguantabas —contestó Diana, retadora.

El atractivo siervo del Gran Espíritu se acercó casi con miedo a su esposa, atada e indefensa. Aspiró el olor de su pelo y besó su cuello. Un solo beso en la mejilla como toda señal de cariñosa intimidad y después se fue directo a recorrer su cuerpo con sus enormes manos, mucho más rudas que las de Diana. Eso mismo pensó María en aquel momento, que prefería las de Diana, que no solo eran un mal menor sino que eran un auténtico placer. Eso pensó... hasta que Caleb tiró hacia abajo de sus pantalones y liberó su miembro. En la vida había pensado la recién estrenada esposa que esas cosas colgantes y flácidas que había visto a algunos hombres en los baños públicos y en el río pudieran convertirse en semejante monstruo cuando la excitación acude. Aquello debía de ser anormalmente grande, lo tenía claro. Pero no imaginaba que se pudiera desear una polla y, en cambio, la deseó. La deseó muchísimo. Si hubiese tenido las manos libres, se hubieran dirigido por inercia hacia ella.

Entonces, él se la agarró con una mano, apartó a Diana de la vagina de su esposa con la otra... y comenzó a frotar el clítoris de María con su glande. La hizo gemir, tan fuerte que se sintió satisfecho. Lo movió en círculos y también de arriba abajo, buscando el movimiento que le proporcionara a ella más placer. Diana, casi molesta, se colocó detrás de María y comenzó a acariciarle ambos pezones al tiempo. La señora de Essex pensó que se iba a morir, que no podría aguantar tanto placer al mismo tiempo. Realmente, su cuerpo iba a explotar de gozo. Caleb la masturbó bien con su polla hasta que estuvo tan húmeda que parecía que se hubiese derretido. Y entonces se la metió. Trató de ser rápido, pensó que así sería mejor. Pero su mujer chilló de dolor. En cuanto él empezó a moverse dentro, Diana llevó uno de sus dedos desde su pezón hasta su clítoris, para aliviar el sufrimiento. Era una mezcla extraña de placer y dolor que casi la hizo llorar.

–No siempre será así –le aseguró Caleb–. En cuanto te acostumbres, incluso lo disfrutarás. Pero ha de abrirse camino.

–Me duele muchísimo –acertó a decir–. Sigue, Diana, por favor. Por favor, no pares. Me alivias. Parece que voy a explotar.

–Sigue –ordenó él–. Quiero que se corra con mi polla dentro.

–Es más fácil a veces si está fuera y solo la toco –dijo la ayudante, casi con compasión por la que le iba a quitar el lecho de su amante.

–Sigue, no voy a salir ahora.

–Sigue, sigue –ordenó María, totalmente ida, fuera de control.

El sudor recorría su cuerpo. Esto excitó más a Diana, que también quiso su parte y apretó su clítoris contra la nalga blanca y suave de María. Comenzó a masturbarse con ella, frotándose con velocidad mientras movía un dedo ágil sobre el clítoris de su señora, cada vez más rápido y más rápido, hasta que esta chilló con un intensísimo orgasmo y le suplicó que parase. Esto, al tiempo, excitó al inquisidor, que no podía creer su suerte en aquel momento. Dos mujeres preciosas solo para él, disfrutando juntas. Su deber era correrse dentro de su esposa y darle un hijo cuanto antes, pero echó de menos el interior experto de Diana.

–Diana, chúpamela.

La criada se excitó con solo pensarlo y fue a lamer ese tan deseado miembro. María los observó, extrañada y envidiosa. Quería que interactuaran con ella, que la sirvieran a ella ambos, pero no entre sí. Observó cómo se abría la boca de Diana para recibir ese miembro enorme y quiso aprender. Tomaría notas mentales para otro día.

–Ya basta –ordenó Caleb–. Me corro, tengo que acabar dentro de ella. Diana se resistía a soltarlo.

–¡Vamos! –dijo, apartándola de un manotazo que la hizo volcar.

Volvió a metérsela a su mujer, que esta vez la sintió un poco mejor y la embistió con fiereza, una y otra vez, aumentando el ritmo hasta aullar como un lobo con la descarga.

Las mujeres pensaron que ese aullido debía de haberse oído en todo el pueblo.

Caleb cayó al suelo, hacia atrás.

–Luego dicen que le pasan cosas buenas a la gente buena –jadeó en cuanto recuperó el aliento–. Somos, sin duda, la excepción.

Diana y Caleb desataron a María, sin la más mínima muestra de cariño y se abrazaron, desnudos sobre la cama. La hermosa forastera, conmocionada por la situación, dudó un momento si quedarse en el lecho o buscar otro lugar donde dormir. Se metió en la bañera, en el agua fría y usada, para lavarse un poco mientras trataba de reaccionar. Finalmente, observó a su marido, profundamente dormido, agarrado a los pechos generosos de su ayudante, y se marchó silenciosa al catre de Diana.

Capítulo 2. Desaparición.

Cuando la nueva esposa del pastor abrió los ojos, no recordaba dónde estaba. Pensó por un momento que aún estaba en su hogar. No fue hasta que se despezó y se frotó los ojos que se dio cuenta de que ahora pertenecía a otro reino y a un hombre muy atractivo y embaucador, pero diabólico. En las distancias cortas, su carácter era peor de lo que esperaba. Se abrazó a sí misma al recordar lo que había sucedido la noche anterior.

María se había preparado psicológicamente para compartir el día a día con un hombre que condenaba a la gente a muerte sin la menor vacilación, pero no estaba preparada para la infidelidad, y menos una infidelidad de la que era partícipe. No concebía que un siervo del Gran Espíritu pudiese fornicar en el templo y así... Tan fuerte, tan duro. Tanto como su carácter o su propio torso de gladiador.

Le asqueaba, pero... también la fascinaba. Aunque no quería reconocérselo a sí misma. Sabía que era una fascinación insana. No era correcto. Por otra parte, era su marido y llevaba todo el viaje a caballo desde su casa hasta allí pensando que debía tolerar sus excentricidades. No podía sacar nada en claro de todo aquello tan pronto. “De nada te sirve pensar en ello ni torturarte”, se dijo a sí misma. Decidió dejar pasar el tiempo y ver qué más podía pasar. Temía entrar en la habitación de matrimonio y ver a la extraña pareja aún en la cama, con Diana ocupando su lugar, pero allí tenía su ropa. Tenía que asearse y vestirse.

Afortunadamente, la cama conyugal estaba vacía. Eligió un vestido cómodo y sencillo de color pardo y se quedó parada: no podía abrocharlo en la espalda sin Diana. Siempre había tenido ayuda de cámara y allí también la tenía, solo que la compartía con su marido en todos los sentidos. Se sentó frente a la chimenea encendida tan solo con la falda y una camisola interior y comenzó a trenzarse el cabello. A los pocos minutos, entró Diana. Vio cierta vergüenza en su rostro, pues su finísima piel se enrojeció en labios y mejillas. No pudo evitar mirar esos labios jugosos que tantas sensaciones le habían provocado.

Su ayudante hizo una reverencia con la cabeza.

—Señora, al fin se despierta. Se ha perdido la misa del amanecer. Luego tendrá que rezarle al Gran Espíritu durante una hora usted sola, pero hoy no quise despertarla. Decidí dejarla descansar. Debe de estar agotada por el

viaje de ayer.

Ahora fue María quien enrojeció, porque no sabía si había dicho aquello con segundas.

—Ya estoy mejor. ¿Puedes ayudarme con el vestido? —preguntó poniéndose en pie y dándole la espalda.

Esa posición les recordó a ambas a lo acontecido la noche anterior. Se azoraron. Diana comenzó a apretar los lazos del corsé de su señora, sin poder evitar pensar en lo que había disfrutado de su tacto. Le había gustado darle placer, inesperadamente. Demasiado. Trató de contenerse para no abrazarla por la espalda. Ese sentimiento no estaba en sus planes.

María rompió la tensión del momento.

—¿Retocas mi peinado, Diana? Debo ir a presentarle mis respetos a la reina, como me sugirió ayer.

—Por supuesto —respondió la sirvienta, antes de hundir los dedos en su pelo.

Una vez estuvo lista, fue a buscar a su marido. Lo encontró enfrascado en el estudio de unos manuscritos, en su despacho. Carraspeó. Al principio no supo ni cómo llamarlo, cómo dirigirse a él.

—Caleb, disculpa —musitó. Él la miró, molesto—. La reina me invitó a acudir hoy al castillo y presentarle mis respetos y fidelidad ante la corte. Me preguntaba... Creo que sería apropiado ir juntos y que fueses tú quien me presentara ante la corte formalmente.

La miró con los ojos como platos.

—No tengo tiempo.

Bajó la cabeza y prosiguió con sus tareas. A María le dio un vuelco al corazón. Nunca se había sentido tan abandonada.

—Yo acudiré. Debo hacerlo. ¿Tengo que ir sola? ¿En este reino no se cuchichea sobre las mujeres que andan por ahí sin su marido?

—Sí, sí que se cuchichea. Y sobre las que van del brazo de sus esposos también. Así que da igual. Siempre hablan. Si no les das motivos, se los inventarán. Ve al castillo, si te place. Está tan cerca que no hay peligro. Desde el puente, te divisará la guardia.

Hizo un gesto con la mano, indicando a su decepcionada mujer que se retirara. María tembló ante lo sucedido, pero no podía hacerle ese desplante a la reina. Tenía que ser fuerte e ir sola a verla. Y así lo hizo: cogió aire y se encaminó hacia la puerta con paso firme. Caleb escuchó su suspiro y esos pasos decididos y la admiró por un momento. Cualquier otra estaría llorando

en la cama o hubiera huido de vuelta a casa, probablemente.

La forastera salió del templo. Se tapó la cara con la mano para protegerse de la luz del día. El interior de la iglesia era una eterna penumbra con zonas de absoluta oscuridad. Miró hacia el pueblo que ahora era su hogar. El paisaje era hermoso desde ahí arriba. Se veía el mar al fondo, el faro sobre la colina este, casas bajas de madera y piedra hacia el sur y el río al norte; justo al cruzarlo, estaba el imponente castillo, sólido y antiguo, con una galería para celebraciones, una torre para la guardia y una torre del homenaje sobre el acantilado. Un lugar ideal desde el que lanzarse al mar en caso de desesperación...

Se recogió los bajos de la falda y se encaminó hacia el castillo. El sonido del río la tranquilizó un poco, parecía acallar las voces que susurraban a su paso. Observó por el camino diversas plantas con las que hacer infusiones y cremas, como a ella le gustaba. Cuando estuvo frente a la puerta del palacio, los guardas cruzaron grandes hachas de mango largo frente a ella.

—¿Quién va? —preguntaron.

—María de Essex, la nueva esposa del inquisidor mayor. La reina estuvo ayer en mi boda y me pidió que acudiera hoy mismo a presentarle mis respetos.

Los guardias la miraron de arriba abajo y apartaron las hachas de su cara, dejándole paso. No parecía extrañarles que viniera sola. Lo cierto es que había visto a varias mujeres solas por el camino, cosa que en el reino de Aradia era impensable. Allí parecía habitual. Podía deberse a que aquella capital era un pueblo pequeño al fin y al cabo.

El castillo parecía austero por fuera, pero por dentro era impresionante y fastuoso, con un aire amenazante. La reina se encontraba todavía concediendo audiencias y peticiones, a la vista de todos. Se sentaba en un gran trono de piedra sobre una escalinata, al fondo de aquella nave de techos altísimos, llena de alfombras rojas, crespones y estatuas. Parecía mucho más regia que el día anterior, sentada allá arriba. María se quedó a un lado. No se dio cuenta de que un hombre se le acercaba por detrás.

—Señora de Essex —la apeló.

Se giró y vio un rostro ligeramente familiar: un hombre moreno y serio que había estado el día anterior en su ceremonia de boda.

—Soy uno de los consejeros de la reina Catherine —se presentó—. Mi nombre es Gilles de Roi. Estoy para servir a mi reina y a mi pueblo, del que

ahora sois parte.

Dicho esto, hizo una reverencia.

–Encanta, Gilles.

–Os ayudaré: os diré exactamente lo que debéis decirle a la reina. Poneos en la cola de audiencias y peticiones. Sois la última.

María esperó paciente a que se resolvieran conflictos de muertes de vacas y robos de gallinas, y uno en concreto que hizo que se le encogiera el corazón: un niño de diez años había desaparecido. Su madre, llorosa, rogaba a la reina que enviara una partida de búsqueda. Decía estar segura de que algo malo había pasado. Pero la reina Catherine no se alertó. Contestó que lo más probable es que fuese una travesura del chico, que quizá se hubiese saltado la hora de llegada. La madre argumentó que eran demasiadas horas, que había pasado toda una noche completa y que su hijo era tímido como para hacer algo así. La regente decidió que dejarían pasar un día más. Si no volvía a casa, entonces haría que varios de sus guardias y soldados lo buscasen. A María le pareció que en ese tiempo algo terrible podía sucederle al chico, si estaba atrapado en algún sitio o lo habían herido, podría morir en esas horas. Bajó la mirada y trató de calmarse. Dos guardias tuvieron que levantar a la madre del suelo y acompañarla hasta la entrada.

María respiró hondo. Cuando llegó su turno pronunció las palabras que Gilles le había enseñado:

–Mi reina y señora, mi nombre es María de Essex, original del reino de Aradia, desde ayer esposa de Caleb de Essex, súbdito de vuestro loable reino de Las tres águilas, ahora también mi hogar. Os presento mis respetos, os brindo mi sumisión y os juro fidelidad y obediencia eternas.

María se percató de que un escriba tomaba nota de sus palabras, al igual que lo había hecho antes con los demás.

–Sed bienvenida, María de Essex, esposa de nuestro pastor e inquisidor mayor de la coalición de reinos. Declaro que os doy acogida formal y os ofrezco mi protección –dijo, solemne. Luego miró hacia el fondo de la sala y alzó la voz–. La sesión de audiencias ha concluido.

La regente se puso en pie. Bajó las escaleras con elegancia suprema, luciendo su vestido amarillo y azul, de aire militar, con escudos bordados y capa de pelo.

–María –la llamó cuando ésta ya se daba la vuelta, con una reverencia–. No retiraos aún. Acompañadme a la galería de la corte, por favor. Quiero presentaros a los dignatarios de otros reinos que hoy hay aquí reunidos. Les

encantará conoceros. No sé si sois consciente, pero ahora tenéis cierta posición en el reino.

–Por supuesto, majestad.

Catherine la miró de arriba a abajo.

–Vuestros vestidos tienen todos cierto tiempo, por lo que veo.

María enrojeció de vergüenza.

–Así es. Veréis, mi familia...

–No necesito explicaciones –dijo rápido, pero con cierta dulzura. Se percibía calidez en esa poderosa mujer, no mucho mayor que ella–. Venid conmigo a mis aposentos. Buscaremos algo más adecuado antes de ir a la galería.

María aún no lo sabía, pero a la reina le gustaba regalar ropa y calzado a sus súbditos de todos los rangos sociales. Se divertía realizándoles un cambio de imagen. Y había otro motivo egoísta: no le gustaba ver andrajosos en su capital, quería dar cierta imagen de prosperidad.

Pasaron por varios pasillos, vericuetos y escaleras antes de llegar al primer piso, donde estaban los aposentos de Catherine. La reina era soltera, así que había dedicado las habitaciones pensadas para el rey a crear espacios para sí misma: un salón de té, una habitación vestidor y una gran sala de baño con una bañera de piedra parecida a la que ahora tenía, pero con incrustaciones de oro en forma de cenefas.

La reina la sentó en un banco y tomó asiento junto a ella. La pidió a una sirvienta mayor que les fuesen mostrando vestidos.

–María, he de deciros que ayer parecíais un ángel con vuestro vestido blanco de hilos de plata, no pretendía ofenderos antes. Pero quiero haceros un regalo.

La sirvienta les enseñó varios modelos a ambas mujeres hasta que, con uno de ellos, a la forastera le brillaron los ojos. Un vestido rosa fresa con adornos en hilo de oro y abertura central. Con mucho, mucho escote; más del que nunca hubiera visto.

–Vaya, veo que ese os gusta. Probáoslo, querida –ordenó la reina–. Y lleváis un peinado muy elaborado, pero vuestro pelo es precioso, con ese rubio tan claro... Claire –llamó a la criada–, veámoslo suelto.

Claire le soltó el pelo, dejando solo dos trenzas para que le sirvieran de diadema natural. Era un peinado demasiado parecido al de la reina, que lucía su pelo oscuro también suelto y tan solo apartado de la cara por un par de trenzas que se ataban atrás. Al parecer, ser una copia de la reina no era una

ofensa sino una especie de homenaje. Intuyó que a Catherine le gustaba que la imitaran y le bailaran el agua. Tenía fama de ser una mujer con carácter que ya había rechazado a muchos pretendientes por miedo a que estos le quitaran poder de decisión cuando reinaran a su lado, estaba claro que le encantaba tener vasallos obedientes. María era lista y captaba ese tipo de cosas.

La reina la miró satisfecha y sonrió.

–Perfecta. Mírate en el espejo de pie –mandó, tuteándola.

María no podía creer lo que veía. No parecía la misma. Ese vestido aportaba luz a su piel. El color la hacía parecer alegre, todo lo contrario que con el traje marrón con el que había llegado. Aunque por un momento se sintió demasiado privilegiada, mientras el pueblo parecía sufrir. La diferencia entre tener una gallina ponedora más o menos en cada casa, era de enorme importancia para una familia entera, por tanto casi nadie podía permitirse vestidos lujosos. Solían vestir ropas de tejidos y colores naturales, normalmente marrones y blancas, como la lana, y no tenían más que tres o cuatro indumentarias por persona. Había muchos problemas que asolaban a la población. Por no hablar de la desaparición de ese niño, que la había dejado tan preocupada.

–Os estoy muy agradecida. Es el vestido más bonito que he llevado nunca.

–Entonces, te lo regalo. Es tuyo. Considéralo un presente de bodas. Me gusta ver cómo te brillan los ojos al contemplarte con él, pero... te enseñaré un truquito para que te brillen aún más.

La reina fue hasta su tocador y cogió un pequeño frasco de vidrio verde.

–Una gota de esencia de belladona en cada ojo –comenzó a decir mientras le abría el párpado y dejaba caer el líquido– y tus pupilas se agrandarán como si estuvieras enamorada. A los hombres les encanta.

Ese brebaje ardía como un demonio. María perdió la visión por un momento. Luego comenzó a ver de nuevo, pero muy borroso. Parpadeó, algo asustada.

–¿Y decís que esto les gusta? Desde luego, te deja tan ciega como si estuvieras enamorada, sí.

Catherine rio.

–Así nos encuentran más receptivas y vulnerables. Es un viejo truco de las cortesanas italianas y francesas. Y, ahora, nuestro. Vamos a la galería.

Accedieron al ala este del castillo, caminando por los pasillos como dos cisnes preparándose para levantar el vuelo. La galería era un increíble espacio

para fiestas y reuniones, rodeado de grandes ventanales ojivales desde los que se veía el acantilado y el mar. La decoración era escasa y algo tétrica, constando solo de gigantescas estatuas de guerreros y animales mitológicos monstruosos, una gran fuente en forma de diablo que arrojaba agua por la boca y una alfombra redonda central con el símbolo de las tres águilas bordado. Entorno a la alfombra se disponían las mesas de banquete, en forma de triángulo. Un trovador animaba a los dignatarios presentes, que bailaban o cuchicheaban en torno a él con jarras de buena cerveza en la mano. María los observó. Conocía a algunos de ellos. Parecían más animados que de costumbre. Ese reino era más divertido y distendido que Aradia, pensó. Estaba la princesa de las islas Tortugas, con su estilo de amazona elfa, el viejo marqués de Sandmirán, una pareja de la alta burguesía, famosos comerciantes y también divisó al polémico conde Ethan. Tenía fama de déspota y mujeriego, pero era tan... atractivo, con ese pelo rubio salvaje cayendo sobre sus hombros y ese porte. Algo despeinado y con ojos fieros, parecía que acababa de luchar en una batalla.

Fue presentada por la reina a los desconocidos, y saludó y puso al corriente de su nueva situación a los conocidos. Tras un rato, la regente fue a charlar con unos amigos, dejándola sola. Entonces, el conde Ethan se le acercó por detrás.

—Pobre bella forastera, entregada a un hombre como vuestro esposo.

Ella lo miró, sorprendida por su atrevimiento y su tono condescendiente.

—No es para tanto. Conmigo no es exactamente un monstruo, tan solo... frío.

El caballero le lanzó una mirada enigmática.

—Nunca hemos hablado demasiado, pero os conozco desde hace años y realmente temo por vuestra seguridad. Si tenéis algún problema, recurrid a mí. No lo dudéis.

—Gracias, conde —respondió seca, inclinando la cabeza.

No se fiaba de la galantería de ese hombre. Sabía que eran solo palabras.

—Hablo en serio —reiteró, mirándola intensamente.

—De momento no temo por mi seguridad, pero el caso del niño desaparecido me ha dejado muy inquieta. Estoy preocupada. Dicen que si tiene que pasar lo peor, pasa en las primeras horas.

Ethan entornó los ojos.

—¿Qué niño desaparecido?

—Antes ha acudido una madre desconsolada a decirle a la reina que su

hijo llevaba toda la noche fuera y que era muy raro en él, pues era muy tímido. Su intuición de madre le decía que algo malo había sucedido y... he percibido que puede tener razón. Es una sensación. Su majestad no quiere enviar partidas de búsqueda hasta mañana; piensa que solo se habrá escapado.

Se mordió el labio con desasosiego. El conde la llevó a un lado, tenso.

–Lo cierto es que tenéis razón. Algo malo puede haberle pasado y creo saber qué es. ¿Queréis acompañarme a comprobarlo o tenéis que volver ya al templo?

–Acompañaros, ¿dónde? No es que tenga que volver pronto, pero si no lo hago mi marido se preocupará... digo yo. Quizá ni se dé cuenta –pensó en voz alta.

–Si queréis acompañarme y quedaros tranquila, mandaré a un sirviente a vuestra casa para que diga que habéis sido invitada a comer en la corte. ¿Estáis de acuerdo?

Lo miró con los ojos entornados.

–¿A dónde vamos?

–Al bosque.

María pensó por un momento. Realmente no quería volver a casa y, aunque Ethan era un seductor de mujeres de mala fama, conocía a su familia de toda la vida y sabía que la respetaría.

–Cogeré algo de la cocina y comeremos por el camino. Salgamos ya. Nos quedan pocas horas de luz.

Fueron raudos a las caballerizas y montaron en el impresionante caballo pardo del conde. María, sentada de lado en la grupa, se agarró a la fuerte cintura de él. Salieron del castillo por detrás, pasaron junto al río y llegaron a la puerta oeste de la muralla, que rodeaba la ciudad por todas las partes menos por la que daba al mar. Pasaron bajo ese gran arco de piedra con una pesada reja elevable que se bajaba por la noche. La guardia reconoció al conde y los dejó pasar sin hacer preguntas.

Llegaron a un pequeño claro, junto al río, donde estaba instalado el campamento de la guardia. Allí se acababa el camino empedrado. Comenzaba una red de senderos, que se internaban en la espesura que la gente del pueblo tanto temía. Tan solo unos pocos usaban aquellos senderos: los monjes, la guardia para patrullarlos y los nobles para la caza.

–Tan solo hay que seguir el rumor del arroyo para llegar a nuestro destino. ¿Preparada?

–Preparada.

Cabalaron durante una hora; luego pararon para compartir el pequeño picnic que Ethan había cogido de las cocinas y se pusieron al día sobre sus vidas, antes de continuar. El bosque espeso estaba plagado de zarzas, castaños y robles, salpicados por preciosas flores blancas que parecían hadas, llamadas *Cistus albidus*: la jara blanca. Finalmente, detectaron una fortificación a lo lejos, entre las ramas.

–¿Nos dirigimos al monasterio?

–Si el niño estuviese ahí, los monjes ya habrían dado la noticia. Así que no.

María se preguntó cómo sería la vida en ese páramo aislado, qué ocurriría tras esos muros. Desviaron el rumbo y trotaron durante un tiempo incierto.

Al fin, el conde detuvo el ritmo del caballo. Llegaron a una especie de campamento fijo, con una gran hoguera en el centro, lleno de tubos de viento colgantes y atrapasueños con símbolos extraños. María sospechó dónde estaban.

–¿Esto es...?

–El campamento de las brujas: las mujeres exiliadas del pueblo. En gran parte, por orden de tu marido, así que no les digas quién eres.

María tragó saliva.

–Hola, guapo –saludó una mujer joven, en tono muy seductor.

Iba vestida como una cazadora en harapos. Su cabello rojizo caía, salvaje, hasta la cintura.

Evidentemente, Ethan y ella se conocían.

–Hola, Jana. Venimos buscando a un niño desaparecido. ¿Sabéis algo de él? ¿Lo tenéis?

–¿Qué te hace pensar que lo tenemos nosotras? Y, ¿quién es tu bella amiga?

Las cabezas de varias mujeres más asomaron, curiosas, de las tiendas.

–No importa quién es ella. Y ya sabes por qué pienso que tenéis algo que ver: se aproxima el Samhain. Respóndeme, es urgente. Su madre está desconsolada.

Era sabido que las brujas, también llamadas “*sorgin*” (que significaba “creadoras”), a veces raptaban niños simplemente para adoptarlos y enseñarles su sabiduría ancestral, haciendo más fuerte y amplio su círculo, pero en determinadas fechas, como los solsticios y equinoccios, a veces

hacían rituales sangrientos con ellos y con otras criaturas.

Jana bajó los ojos.

–Si te lo entregamos... queremos una compensación a cambio. Podemos cambiar el ritual previsto por otro... de fertilidad.

–Así que tenéis al niño. Nos lo llevamos. Y a cambio continuaré guardándoos el secreto de vuestro paradero y soy vuestro para otro ritual de fertilidad y engendramiento más.

–¿Otro más? –preguntó María. No tenía pensado abrir la boca, pero se le escapó.

–No es la primera vez. Muchos de los hijos de las brujas son míos. Míos, y de los monjes.

–Os queremos a vos, como siempre, pero... –levantó sus ojos brillantes y los apuntó directamente a ella–. También queremos la sangre de la mujer del inquisidor.

María se alteró.

–¿Cómo sabéis quién soy?

–Somos brujas. Lo sabemos todo. Recordadlo. Tranquila, con unas solas gotas de sangre bastará.

–Tenéis mi palabra. Entregadnos al niño.

Una mujer mayor salió con el niño que había sido descrito en el castillo y se dirigió hacia ellos. Ethan descabalgó y lo aupó, sentándolo delante de la incrédula María.

–Recordad: la noche de Samhain, para la cual falta un mes lunar, os esperamos a ambos aquí. De lo contrario, más niños desaparecerán –amenazó.

–Aquí estaremos –afirmaron ambos a un tiempo.

De vuelta al castillo, el conde guio a su caballo a pie entre la maleza, con su amiga y el niño sobre la grupa. María no se podía creer que lo hubiera conseguido, ni tampoco daba crédito a la interesante vida oculta de Ethan.

La mujer del inquisidor llegó al templo tras el atardecer, enrojecida por esfuerzo del paseo y sonriente por la aventura vivida. Demasiado sonriente y con un vestido nuevo. Tenía muchas explicaciones que dar a su nuevo marido. El templo ya estaba cerrado a los feligreses y usó su llave para entrar por la pequeña portezuela que había encajada en el portón grande. Caminó silenciosa por el pasillo oscuro, mirando con reticencia hacia el altar. Entonces detectó

movimiento en un lateral. Había alguien entre las sombras. Miró de reojo y vio las siluetas de Caleb y Diana besándose con pasión. La sonrisa se esfumó de su rostro. Suspiró y carraspeó para hacer notar su presencia, pero ellos ya sabían que estaba allí y no les había importado. Se sintió una intrusa, como si fuera ella la que sobraba y no Diana. Caleb caminó hacia ella. El eco de sus pasos retumbaba en las bóvedas.

–Vestido nuevo. Un presente de la reina, supongo.

–Así es. Me ha invitado a pasar la velada con los dignatarios de la corte.

–Bien.

Caleb se alejó sin una palabra más y María no pudo contenerse.

–¡Caleb! Supongo que no soy para ti más que un trámite, una formalidad que el obispo te exigía. Puede que para darte mayor libertad de movimientos, para evitar cotilleos y limpiar tu nombre –dijo mirando a Diana, que permanecía quieta en la penumbra–, pero, si no me haces ningún caso, no pienses que voy a quedarme aquí todo el día encerrada entre estos muros. Saldré, igual que he hecho hoy.

–Bien –repitió él, indiferente, exasperando a María.

En el fondo, a Caleb le gustó que ella sacara carácter.

–¿”Bien” y ya está? ¿Esta es la vida que vamos a tener? ¿Para qué más me necesitas?

–Es cierto. Debéis darme un hijo también.

–No me refería a eso ahora.

–No importa. Vamos a la cama.

–No. No puedes hablarme así. No puedes darme esa orden sin más.

–Bien –dijo por tercera vez y, decidido, se dirigió hacia ella y la levantó del suelo como si fuese una pluma, se la echó al hombro y se dirigió hacia su dormitorio.

Diana los siguió. María se removía y pataleaba, sorprendida. Caleb la echó sobre la cama y comenzó a desnudarla y a besarla. Ella no esperaba los besos, el día anterior había ido directo al grano, sin muchas muestras de cariño. Él se deshizo en caricias y mimos por su cara, su cuello y su generoso escote.

–Me gusta este vestido, pero ahora voy a deshacerme de él.

La desnudó a excepción de las enaguas y le dio la vuelta, poniéndola a cuatro patas y penetrándola enseguida, demasiado rápido y brutal. María estaba algo estimulada debido al movimiento de la montura del caballo, pero aun así fue demasiado.

–Me haces daño. Para, por favor. Espera –jadeó–. Necesito que Diana me ayude.

Al escuchar eso, Caleb paró en seco.

–Está bien.

Dio una voz y la ayudante estuvo allí en un segundo, frente a ellos. Comenzó a desnudarse. Caleb se sentó sobre el gran arcón que había a los pies de la cama, con sus musculosos brazos apoyados en él, las piernas abiertas y el miembro apuntando al techo, tenso y grueso.

–María –la llamó–, siéntate con cuidado sobre mí. A tu propio ritmo. Mientras, Diana te aliviará.

La rubia se aproximó, cautelosa, pensando solo en su deber de esposa y en su futura descendencia. Se giró. Se fue agachando despacio hasta notar la punta del miembro de Caleb rozando sus labios mayores, se desplazó lentamente hacia delante y hacia atrás. Luego, introdujo el glande dentro de sí y miró a Diana, quien reaccionó sin necesidad de palabras. Se arrodilló frente a la pareja y comenzó a acariciar con una mano los testículos de él y a lamer el clítoris de ella. Ambos echaron las cabezas hacia atrás, abandonándose, disfrutando de aquello. Diana era experta en ambos sexos. Poco a poco, María fue dejándose caer, introduciendo ese enorme falo en sí, cada vez un poco más. Hasta que comenzó a moverse, extasiada, arriba y abajo, cada vez con más intensidad, hasta que Diana no pudo seguirla. Tuvo que quedarse observando cómo la pareja seguía sola y ver las manos de Caleb, esas manos que disfrutaban tanto, sobre los pechos de su esposa ahora. Se sintió mal por un instante: celosa. Esas grandes manos corrían raudas por todo el cuerpo de María, quien, en ese instante, parecía una fuerza de la naturaleza.

Cuando ambos acabaron, permanecieron el uno sobre el otro, agarrados, recuperando el aliento. Diana agachó la cabeza y se dispuso a retirarse a su cuarto. Caleb se dio cuenta de su estado de ánimo. No la iba a dejar marchar así. Sabía que se sentía usurpada.

–Diana, no quiero que te quedes así. Van conmigo a la bañera. Echa un cubo de agua caliente. María, puedes irte a dormir.

Estaba tan agotada y desorientada que le hizo caso: lo único que quería era ir a la cama y cerrar los ojos. El día había sido muy largo y solo sentía la humillación para con su honor, no porque tuviera ningún sentimiento hacia él. Tan solo su orgullo estaba herido. Se tumbó de lado y se dispuso a dormir. Mientras lo hacía, escuchó cómo ambos se metían en la bañera; abrió un ojo para espiarlos: Diana estaba tumbada sobre él, que le acariciaba suavemente

los pechos. Cerró los ojos. Al rato, escuchó el sonido de los jadeos de su sirvienta, que iban en ascenso imparable. Él la masturbaba con vigor y el agua salpicó fuera de la bañera cuando ella alcanzó el orgasmo. Le dio las gracias y se retiró a su habitación. Al menos, ya ocupaban cada una su lugar correspondiente. Era un avance. Más o menos...

Capítulo 3. Secretos

Al día siguiente, María se quedó en casa cumpliendo con su asistencia a las misas y compartiendo algunas tareas domésticas con Diana. No sabía muy bien cómo tratarla ni hasta qué punto representaba una amenaza para ella. El hecho era que le hacían sentir que ella era la inoportuna, cuando era la esposa de pleno derecho del pastor y juez. La ayudante, por su parte, estaba molesta con la confusión de sentimientos que la intrusa producía en ella: rabia y envidia, pero también cierta ternura, incluso se apiadaba de ella: sería una esposa sin el amor de su marido y una futura madre que no podría contar con el cariño del padre de su hijo. Imaginaba a Caleb como un padre exigente y despiadado. Realmente, puede que la mejor posición de toda la casa fuese la suya: sin responsabilidades vitales, solo placer.

Miró a María y deseó acariciar su rubio pelo. Ambas mujeres estaban arrodilladas, limpiando la base de una de las estatuas, tras el altar. Estiró la mano hacia ella, despacio. Entonces su señora volvió la cabeza y se enfrentó a sus dulces ojos castaños.

—¿Se te hacen duras estas tareas? —le preguntó, para salir de sus pensamientos—. Eres de clase alta, no estarás acostumbrada a hacerlas.

—No lo estoy, pero me gusta mantenerme ocupada. Prefiero no pensar que así será el resto de mi vida. Prefiero... no pensar.

Dicho esto, siguió limpiando. Diana se quedó sentada sobre sus talones, algo paralizada ante la confesión.

—¿Sabes? Yo ocuparía gustosa tu lugar. Estoy obsesionada con Caleb, como habrás notado, pero no puedo casarme con él por mi bajo rango. Y no puedo casarme con ningún otro sin su permiso. Tampoco es que quiera hacerlo. A mí sí me gusta mi vida aquí. Entiendo que a ti no... Pero me cambiaría por ti.

—Sí, ayer lo supuse. Debes odiarme.

—Te odié antes de conocerte. Deseaba que te fueras antes de entrar por la puerta. Pero ahora no te odio. Es extraño. Me das cierta pena. En realidad, las dos la damos. Caleb no sabe amar. No ama a nadie excepto a sí mismo. Mi amor por él no es correspondido y tu matrimonio nunca tendrá ni siquiera complicidad.

María lo sabía muy bien, podía percibir esas cosas.

Bajó la cabeza.

–Entonces, creo que tú y yo deberíamos protegernos.

–¿Sabes? Quizá no lo notes por la falta de luz perpetua que hay aquí dentro, pero ya ha atardecido. Mi hora libre acaba de empezar. ¿Vamos a la taberna?

–¿Aquí las mujeres pueden ir solas a la taberna?

–Claro. ¿En tu reino no?

–Allí no podemos ir solas a ningún sitio, por eso me sentí tan mal yendo sola al castillo ayer. Solo lo hice porque la reina lo había pedido y no quería desobedecerla.

–Pues aquí eso no es ninguna proeza, sino algo normal. Así que...

Se puso en pie y le tendió la mano a su señora, ayudándola a levantarse.

Ambas se espolsaron las faldas y se desabrocharon los delantales, camino a sus habitaciones. Cogieron sus capas y salieron al frío de la tarde otoñal.

El viento helado movió sus mechones de cabello sueltos.

–¿No deberíamos avisar a Caleb? –preguntó María.

–No sé dónde está ahora. Y, créeme, no le importa lo que hagamos mientras no le molestemos.

Desde lo alto de la pequeña colina en la que se postraba el templo, se veían todas las luces del pueblo. Las de la taberna se distinguían hacia el sur, tras la plaza principal. Ya de lejos se veía que había ambiente. Gente entrando y saliendo, bebida y música. Pasaron junto al pozo y junto al cementerio y descendieron.

María albergó la esperanza secreta de volver a ver a Ethan. Esperaba cruzárselo durante el paseo o verlo reunido en la plaza, pero no fue así.

La taberna era un viejo edificio de piedra y cal con vigas de madera atravesadas como decoración. El jaleo que emanaba del interior ya las envolvía. El olor a cerveza barata le dio de pleno en la nariz; aquella no era como la del castillo. Una hermosa bardo cantaba sobre un escenario de madera, vestida con una falda de cintas y un corsé violeta que dejaba sus pechos prácticamente fuera. En primera fila, mirándola embelesado, estaba el conde Ethan. El deseo de María se hizo realidad... más o menos. Tenía ganas de verlo, pero no con los ojos saliéndosele de las órbitas mientras babeaba por otra. Sus duras facciones estaban manchadas de espuma de cerveza negra y su pelo rubio seguía tan despeinado como siempre.

Fue a la barra con Diana y pidió una pinta. Luego se sentó junto a Ethan sin que éste la percibiera y dio un trago.

–Está bastante buena.

–Sí –dijo él sin mirarla, embobado con la cantante.

–La cerveza, quiero decir.

Ahora sí la miró.

–¡María de Essex! No os imaginaba en un sitio como este.

–Pues están aquí casi todas las mujeres del pueblo por lo que veo, ¿por qué yo no?

–Porque sois tan... recatada. No sé.

–¿Recatada?

“Si supieras lo que hago con mi marido y con Diana en la cama, no sé qué dirías”, pensó.

–Brindemos –propuso él–. Porque estáis aquí.

Sus jarras chocaron.

Tras unos minutos escuchando la canción y los gritos de la gente, ambos comenzaron a pensar en lo mismo.

–Dentro de una semana es el Samhain.

–Me da algo de miedo –confesó María.

–Que te hagan una pequeña sangría... siempre lo da, pero nadie se muere por eso. Bueno, casi nadie.

Ella lo miró con los ojos como platos.

–Muy consolador –ironizó.

–Mira... No puedes echarte atrás. Nunca hay que romper la promesa hecha a una bruja.

–No pensaba hacerlo. Es solo que... me inquieta.

–Bueno, es normal. Pero yo estaré allí para protegerte. Las conozco desde hace años. Además, ahora no se sobrepasarán. No harán ningún movimiento en falso.

–¿Y eso?

–No sé si has oído lo que ha pasado en estos últimos dos días, pero el niño que rescatamos no es el único desaparecido, también lo han hecho tres niñas de los pueblos cercanos. Y las brujas no han sido, pero temen que se las culpe a ellas.

–Oh... Es horrible. Se me han puesto los pelos de punta, pobres niñas.

–Hablaré mañana con la reina para que esta vez abra la investigación inmediatamente.

–Me gustaría ayudar en todo lo posible. No tengo nada que hacer. Mi marido ni siquiera me habla y Diana hace las tareas, así que cuenta conmigo. Es más, estoy pensando... que quizá Caleb sepa algo, puede que alguien le

haya contado algo al respecto en confesión.

–No te lo contaré. Si es así, será secreto de confesión. Y él es muy rígido con todo eso.

–Tengo que intentarlo.

Ethan admiró la resolución de María. Asintió con la cabeza y dio un largo trago a su cerveza.

Se divirtieron durante un rato más, alternando con gente de la capital y de los pueblos cercanos, reunidos allí. Cuando María presentó a Ethan y a Diana, ambos se miraron de arriba abajo, comiéndose con los ojos.

–Pensaba que os conocíais –afirmó la forastera.

–No suelo ir mucho a los templos del Gran Espíritu –explicó el conde–. Y cuando lo hago, prefiero rezar en soledad en capillas pequeñas o en el bosque.

–Y yo no he sido nunca invitada a la galería de la corte –dijo Diana–, que es donde suele reunirse la nobleza a beber.

–Cierto, pero hoy me apetecía mezclarme con el pueblo. Y qué grata sorpresa, encontrar a dos mujeres tan bellas.

Charlaron y rieron durante un rato más. Se veía a varios hombres y mujeres entrar y salir de las habitaciones de la planta superior, que se alquilaban por horas. Ederne, la bardo, resultó ser la dueña de la taberna. María no pudo hablar con ella, pero vio que era una buena mujer de negocios que no paraba un momento: cobraba el coste de los cuartos antes de que los clientes subieran y ofrecía canciones cada veinte minutos sobre el escenario. Todo sin más ayuda que la de una pareja de camareras tras la barra. Era admirable. Diana le comentó que ese nombre, Ederne, significaba “hermosa”. Efectivamente, lo era, con ese pelo castaño liso e infinito y esas curvas suaves.

Finalmente, volvieron a casa caminando bajo la luz de la luna.

–En este reino llamamos a la luna “*ilargi*”, significa “luz de los muertos”. Creemos que nos vigilan desde ella, por la noche, desde la frontera del cielo –explicó Diana.

–En mi reino creemos que solo vuelven a visitarnos en Samhain, que es dentro de un mes lunar. Si en este nos miran desde la luna, nos están acompañando ahora mismo.

–Sí, mi familia nos protege durante el camino.

–¿Tu familia? ¿Eres huérfana?

–De madre. Y mi padre me vendió al inquisidor y se desentendió para siempre de mí, así que... como si lo fuera totalmente. No tengo otro lugar

donde ir.

–No temas, no tienes por qué irte a otro lugar. Eres fundamental en esa casa.

–¿Esa casa? ¿Aún no la sientes como tu casa?

–No. Ha pasado muy poco tiempo y me siento una extraña, aunque tenga todos los derechos legales. Pero yo tampoco quiero volver a mi casa. No es que hubiera problemas en ella, es que tengo que seguir adelante y lidiar con todo lo que venga. Volver sería una humillación para todos y un fracaso para mí.

–Conseguirás acostumbrarte a Caleb. Ya sabemos que es frío, pero tampoco se ha metido nunca en mis asuntos ni me ha dado órdenes fuera de las tareas propias de mi trabajo. Digamos que fuera de mis obligaciones, me da bastante libertad. Supongo que contigo pasará igual. Lo único que quiere es cumplir con su trabajo y que no se le moleste demasiado.

–Suen a vida triste, para él, quiero decir.

–Él está bien así, más triste será para ti. Hasta que tengas hijos, entonces ya tendrás un entretenimiento.

–Dicho así, suena triste también... –meditó María, pensando que ella nunca había querido ser solo madre y esposa, le hubiese gustado más ser como Ederne, la bardo: una mujer independiente. Pero no tenía salida. Desde su nacimiento, nunca tuvo opción.

–Yo, en cambio, no sé qué será de mí. Nunca me ha gustado nadie más que Caleb, pero con él no puedo casarme. Y tampoco creo que sea amor de verdad, sinceramente. Él no me ama y lo que yo siento creo que es más bien... ¿Atracción? ¿Devoción? ¿Deseo? No lo sé.

–¿Y no te atrae nadie más en el pueblo?

–Lo cierto que es que no. Aunque ese amigo tuyo, el conde Ethan, es muy guapo. Pero estamos en las mismas, es noble, así que no podría casarme con él tampoco. Pero no me preocupa. No tengo ninguna prisa. Ni siquiera me importa que no me case nunca. Vivo bien como vivo.

Las mujeres entraron en el templo, arrebuajadas en sus capas, heladas de frío. Aún charlaban, animadas, y reían cuando vieron a Caleb de pie frente al altar, mirándolas serio. Las sombras caían sobre su cara solo iluminada por velas, al fondo del pasillo central. Parecía molesto.

–¿Dónde estabais?

Diana se mostró extrañada. De hecho, le acababa de asegurar a María que él nunca se enfadaba por sus salidas, que no le importaba lo que hiciera en su

tiempo libre. Y así era. Nunca se había preocupado por su sirvienta, pero al parecer sí por su esposa.

–He llevado a María a la taberna. Ya sabes que suelo ir en mi tiempo libre.

–Retírate, Diana. Déjanos solos –ordenó él.

Obedeció. María, por su parte, se dirigió hacia él, con cierto miedo. Sus pasos resonaron en las bóvedas. Caleb señaló un banco de primera fila.

–Siéntate.

Tomó asiento junto a ella.

–Quiero que me informes de dónde vas si vas a ausentarte mucho tiempo.

–Ayer no decías eso. Esa actitud es nueva en ti. ¿No me digas que estabas preocupado? No me has hecho ningún caso desde la boda. Me has utilizado y punto.

–No te he utilizado. Sabes que debemos tener hijos.

–No te has molestado en hablar conmigo. En conocerme. ¡Qué menos!

–No pensé que fuese necesario.

María se indignó realmente por primera vez.

–¿Necesario? ¡No soy una máquina de fabricar niños y ya está! ¡Soy tu esposa y vamos a tener que pasar por muchas cosas juntos! Cosas buenas y malas, y tendremos que estar unidos. Conocernos, para saber cómo afrontarlas en equipo.

–No me lo había planteado así. Yo soy más práctico. Solo vivo el día a día. No pienso en cómo me sentiré ante lo que está por venir. Lo veo una pérdida de tiempo. Aunque sé que es típico de las mujeres, según me cuentan muchas en confesión.

–Eres un machista –masculló–. Pero no sé de qué me sorprende.

–Sin embargo, veo lógico tu punto de vista. Afrontar el futuro como un equipo unido es una estrategia militar y política. Y funciona en el campo de batalla. ¿Por qué a nosotros no?

Ella suspiró ante su frialdad. Al menos, le había dado la razón.

Tras tranquilizarse, le dijo:

–En fin. Como no vamos a sacar nada en claro de esta conversación, vamos a cosas más importantes: han desaparecido tres niñas. Que pasen estas cosas me inquieta y me preocupa. Sus pobres madres deben estar pasando un infierno. ¿Tú sabes algo?

–No. ¿Por qué iba a saberlo?

–Confesiones de feligreses.

–No. No sé nada. Si alguien hubiese confesado algo al respecto no te diría que he sacado de ahí la información, tenlo en cuenta para el futuro. Pero, si te preocupa, trataré de averiguar algo mañana. Es un tema serio. No quiero que el pueblo se inquiete tampoco.

María se sorprendió gratamente por primera vez.

–Gracias.

Se levantó y se dirigió al dormitorio a desvestirse, con ayuda de Diana.

A Caleb le dio un vuelco al corazón. No esperaba que esa mujer provocara en él esos sentimientos de ternura. Tenía compasión, parecía frágil pero tenía fuerza para aguantar sus humillaciones sin una sola queja, y era dulcemente bella. No contaba con todo ello. Y no le gustaba sentirse así. Su vida anterior funcionaba como un reloj y no quería que nada cambiase, dentro de lo posible. No contaba con sentir, con empezar a sentir.

Su estrategia ante el descubrimiento de sus propios sentimientos fue brutal. Sus padres, magistrados del consejo, le habían castigado siempre que los había mostrado, incluso por ellos mismo. Tenía prohibido abrazarlos o decirles que los quería, incluso en su lecho de muerte. Desde pequeño, le animaban a tratar a las personas de forma fría e impertérrita, pues no debía fiarse de nadie ni tratar a nadie con favoritismo si quería cumplir bien con el puesto privilegiado que estaba designado a representar: gran inquisidor. Eso era lo único importante para ellos: asegurar un futuro brillante a su hijo, a toda costa. Así que trataría de acercarse sentimentalmente a su esposa lo menos posible. Así que esa noche, la humillación volvió. Caleb dispuso a las dos mujeres a cuatro patas sobre la cama y disfrutó penetrando solo a Diana mientras jugaba a acariciar el trasero y la vulva de su esposa con una mano, y, solo al final, cuando ya estaba a punto terminar, lo hizo dentro de ella. Disfrutaba con su amante y cumplía su deber marital con su esposa. Así debía ser para que las cosas no cambiaran.

Por su parte, María no sabía cuánto tiempo podría aguantar esa situación. Daba gracias por no tener sentimientos hacia él, así se ahorra dolor, pero quedaba una sensación de degradación. Se consoló pensando que Diana, al fin y al cabo, se llevaba la peor parte. Menos embestidas de ese hombre tendría que aguantar ella... pero eso no la hacía sentir mejor.

Necesitaba distraerse. Al día siguiente volvería al castillo y vería cómo iba el tema de las niñas desaparecidas.

Capítulo 4. Juegos de mujer

A la mañana siguiente, María invitó a Diana a acompañarla al castillo en calidad de su dama de honor. En su reino, las cosas se hacían así: las nobles siempre salían acompañadas. Pero en realidad lo hacía porque la ayudante dijo el día anterior que nunca había estado antes en la corte. Quería concederle el deseo.

–Es bueno que nos hayamos ido justo hoy del templo –recalcó la ayudante.

–¿Y eso?

–Hoy Caleb va a confesar a dos ladrones condenados a muerte. No es agradable.

María tragó saliva.

–Odio su trabajo.

–Pero... aceptaste este matrimonio.

–No tenía opción, pero me horroriza lo que hace. Aunque él parece fuerte e impasible. Se necesita a un hombre así para eso, en realidad. Supongo que alguien tiene que hacerlo. Yo no podría.

–Eso es. Alguien tiene que hacerlo. Y no es fácil juzgar, pero él lo hace con mucha firmeza. Nunca ha dudado de una decisión.

–En fin. Veamos si encontramos alegrías en el castillo.

Pero no fue así. Tras una vuelta por la sala del trono y la corte para mostrárselos a Diana, se reunieron con la reina. Esta les dio malas noticias: las niñas habían aparecido muertas. Y, lo que era más, el galeno de la capital había encontrado algunas pistas que apuntaban hacia un culpable.

–En pocos días, celebraremos un juicio en presencia de tu marido –afirmó la reina, con los ojos hinchados por haber pasado la noche sin dormir debido a la preocupación–. Hemos de acabar de recopilar pruebas y confirmar algunas cosas. Mientras tanto, os ruego a ambas que no habléis del tema con nadie para no avivar el miedo con el que ya viven algunos padres y madres.

Tras el disgusto, pasaron el día en el castillo, comiendo y merendando con la corte, tratando de hacer como si nada. Estuvieron charlando con los embajadores de los distintos reinos y escuchando el concierto de un trovador. María echó de menos a su amigo el conde; se preguntaba dónde estaría.

Al llegar a casa, ambas se quitaron las capas y se sentaron en el borde de la gran cama con dosel, agotadas. La emoción de las vivencias del día y el agradecimiento llevaron a Diana a abrazar fuerte a su señora. Era un abrazo cálido, que duró demasiado. No quería despegarse de ella. No quería que se acabara. Aspiró el olor de su pelo dorado y se quedó absorta. Hundió tiernamente la nariz en el hueco de su cuello, sin pensar. María no se movió. No reaccionó hasta que su criada comenzó a acariciarle suavemente los brazos, cerrando los ojos, respirando en el lateral de su cuello, haciéndole cosquillas con cada exhalación. María, inocente, cerró los ojos también y acarició sus hombros de forma fraternal. Entonces Diana besó su cuello y ella la apartó instintivamente.

–Ve a encender el fuego, por favor, Diana. La habitación está helada.

Claramente decepcionada, la sirvienta obedeció.

–¿Os preparo el baño, señora? –dijo, usando el tratamiento formal para hacer notar su desencanto. Una desilusión de la que María no se percató, pues no sospechaba de los crecientes sentimientos de su ayudante.

–Aún tengo mucho frío como para eso. Después, quizá.

Se escuchó el golpe seco de los portones principales del templo al cerrarse. Caleb estaba sellando el edificio, tras la marcha de los últimos feligreses. Apareció en la habitación segundos después, rompiendo el silencio con el crujido del portón de madera de la estancia.

Miró a Diana como si lanzara rayos con los ojos. ¿Qué pretendía?

–Diana, déjanos solos –ordenó.

Ella hizo una pequeña reverencia con la cabeza y se retiró, sumisa.

–Al fin, los dos solos, sin ella siempre presente –masculló él.

Su esposa miró a ambos lados, sin entender sus intenciones. La noche anterior parecía que la sirvienta era imprescindible en aquella relación de tres.

Sus ojos se retaron.

Caleb había estado recapacitando sobre su comportamiento vejatorio de la noche anterior, había humillado a su mujer tan solo por dejarse llevar por el miedo de empezar a sentir algo por ella. Era absurdo, pero era lo que sentía: miedo. Miedo a amar. Tenía que estar con ella a solas para comprobar si su intimidad podía funcionar sin Diana. Era la hora de la verdad.

Alzó a su mujer de la cama y la situó frente a él. Puso las manos delicadamente en su cintura. Apoyó su frente en la de ella y la miró a los ojos.

María sintió un estremecimiento. El inquisidor quería estar con ella y solo con ella. Desde su pequeña conversación en el pasillo, no había podido pensar en otra cosa. Caleb sintió presión por estar a la altura por primera vez en su vida, porque por primera vez en su vida algo le importaba. Jamás había visto fortaleza como la de aquella mujer, ni sonrisas fugaces iguales; que nunca iban dirigidas a él. Quería una sonrisa, una de esas. Una de las de María. Solo para él.

Todo aquello pasó por su mente en un segundo, el problema fue que no lo verbalizó y, por tanto, esos profundos pensamientos siguieron siendo una incógnita para ella. Aunque María pudo detectar anhelo en el brillo de sus ojos de gato y en sus labios carnosos y entreabiertos. No sabía qué sentiría por ella exactamente, pero estaba segura de que en aquel momento la deseaba. Eso le bastó, pues ya era un avance. Mordió esos labios duros y severos. Lo hizo como si fuera su obligación, pero su frágil cuerpo reaccionó inesperadamente y se pegó a él. Sintió ese torso pétreo tan masculino chocar contra sus pechos. Se confesó a sí misma que a veces deseaba ese contacto mientras lo escuchaba pronunciar sermones a los feligreses con su característica y agresiva pasión. Y así besaba también, con agresiva pasión. Sus lenguas se enlazaron, deseosas, diciéndose en su movimiento todo lo que callaban.

En la habitación de al lado, Diana mordía al almohada para no gritar de frustración. Pero, los celos que la invadían no eran tanto por él... empezaban a ser también por ella. Quería acariciar la suave piel de su señora, cada noche y cada día. Besar sus hombros, su cabello rubio, su vientre, su pubis... La deseaba más que a Caleb, extrañamente. Hasta hacía poco pensaba que eso no era posible.

Trató de no escuchar los gemidos de auténtico placer que proferían ambos. Era la primera vez que oía jadear a María de forma tan libre, tan desgarrada.

Estaban entregados a la pasión. Una pasión animal, que entendían como casi prohibida, pese a ser marido y mujer. Fundidos el uno en el otro, se mecían juntos como si estuvieran en la cubierta de un barco en plena tormenta, entrando y saliendo de ella como si lo hiciera de un templo al que venerar. Sintiendo cada recoveco de sus cuerpos, con la piel erizada de puro placer desde la base de la columna hasta la coronilla, ambos. Aquello era distinto a las técnicas físicas que habían practicado los días anteriores. Aquello era química.

Cayeron desfallecidos, sin noción del tiempo ni del espacio.

Capítulo 5. Samhain

Los días pasaron. María y Caleb seguían acercándose, como si tras el shock inicial ahora estuviesen en tregua. Ella escuchaba embelesada los discursos de él, que cada tanto buscaba la aprobación de su esposa con la mirada, entre la multitud. Por las noches, también siguieron buscando momentos de intimidad, alejando a Diana cada vez más de sus juegos.

Por su parte, Diana puso los ojos en el conde Ethan, amigo de su señora. Ambas coincidieron con él unas cuantas veces más, en la taberna y en el castillo. A la tercera semana, María empezó a desear pasar aquellos momentos divertidos y distendidos también con Caleb. Pero su marido no salía, no se divertía, ni se mezclaba con el pueblo.

Agradeció el tener un par de amigos a su lado, más la confianza de la reina.

También había intimado bastante últimamente con la dueña de la taberna, Ederne, la bardo. Admiraba a esa mujer, cuanto más sabía de ella más claros veía sus méritos: hija bastarda de una artista de un circo ambulante y del director del mismo, hombre casado, que compraba el silencio de su madre constantemente mediante sobornos, abusos laborales y desprecios, hasta el día en que ésta murió, cuando Ederne tenía solo quince años. A partir de ese momento, fue oficialmente repudiada por su padre, quien consideraba un peligro tener cerca a esa niña nacida del pecado que lo sabía todo. El osco propietario del negocio que ella entendía por toda forma de vida la sorprendió, un día, entrando en su caravana para ofrecerle un sobre con bastante dinero como para empezar de cero. No era una propuesta, ni le dio a elegir; era una orden: “Coge el dinero y desaparece”. Vagó unos años por varias ciudades de distintos reinos, donde pudo vivir toda clase de aventuras que la hicieron reír, llorar, verse en la necesidad de aprender a luchar, e incluso valorar el suicidio por culpa de aquel sentimiento de abandono y desarraigo. Pero aguantó ante la esperanza de que la vida la sorprendiera. Hasta que decidió sorprender ella a la vida. Encontró una casa de dos plantas a la venta en plena capital del reino de Las tres águilas a precio de chollo por el estado ruinoso en el que se encontraba. La compró, la reformó de arriba abajo y se estableció. Abrió su sala de espectáculos donde poder cantar, con un pequeño bar. Y no tardó en hacerse famosa.

Aunque Ederne hacía oídos sordos a las leyendas que corrían sobre su hermosa cabellera castaña y su voz. Seguía siendo humilde. Vestida con pantalones de cuero y generosos corsés, al estilo pirata, regentaba su negocio con puño de hierro. Hablaba con vehemencia y ternura de su pasado, con las pupilas agrandadas por la emoción y la belladona, el mismo veneno que usaba la reina y el resto de nobles.

María y ella se habían contado intimidades e infancias con detalle y habían bailado y brindado juntas por la vida.

Pero, pasado casi un mes lunar, la recién llegada sabía que se acercaba el momento de cumplir la promesa que hizo a las brujas. Ethan se encargó de recordárselo y sacarla de esa tregua de relativa tranquilidad. El joven se apartó un mechón de salvaje pelo rubio de la cara y se llevó a su amiga a un lado.

—Mañana es el Samhain. Tenemos que cumplir con lo prometido a las brujas. Yo acudo cada año al rito, pero temo que tú te echas atrás. No puedes rajarte, o las brujas te maldecirán y perseguirán. Créeme, no te darán tregua.

—Iré. Aunque temo de qué forma obtendrán mi sangre. Y más con todo lo que ha pasado últimamente. ¿No será peligroso?

—No lo creo. Suele bastar con un pequeño corte o pinchazo en el pulgar. Algunas de ellas son curanderas. No has de temer por lo que te hagan, tan solo por lo que puede que veas.

Una punzada de preocupación recorrió su espalda.

—¿De verdad crees que no tienen nada que ver con los asesinatos de las niñas? Tú conoces a todo el mundo en el reino. Se puede decir que eres un hombre poderoso, ya que la información es poder. ¿Me puedes prometer que el Samhain es seguro?

Una extraña mirada cruzó los ojos de Ethan, un destello gris.

—Te lo prometo —dijo levantando la mirada y tomando sus manos.

—Está bien. Iré. No me fio tampoco de las represalias de esas mujeres si no lo hago. Tan solo una condición: me llevaré a Diana conmigo, por seguridad.

Quedaron en la entrada del bosque al atardecer del día siguiente. Se excusaron con Caleb diciéndole que esa noche tenían una fiesta en el castillo.

Mintiéndole. Él odiaba las fiestas, así que no había peligro de que quisiera acompañarlas, realmente prefería que las mujeres le dejaran en paz. Ambas le advirtieron de que quizá durmieran en los aposentos para invitados si se les hacía tarde y él sonrió ante la esperanza de una noche de tranquilidad.

En ese sentido, era un hombre fácil. Si sospechó de sus mentiras, no se lo hizo ver. No se permitía a sí mismo perder energía mental con elucubraciones.

Los tres amigos se internaron en la maleza a caballo y llegaron al claro, pasado el monasterio. Varios monjes jóvenes también estaban allí.

—Vaya, parece que hoy voy a compartir más el trabajo —bromeó Ethan.

Diana miró el espectáculo, algo asustada. Su señora no había querido contarle demasiado por si se negaba a acompañarla.

De momento, no parecía más que una fiesta de campamento. Los hombres estaban sentados bebiendo vino especiado y comiendo unos pequeños pasteles que la “*sorgin*” más mayor repartía. Algunas brujas comían y bebían con ellos, otras bailaban entorno al fuego. Los recién llegados a la fiesta desmontaron y se acercaron. La hermosa bruja Jana fue a cogerles de las manos para darles la bienvenida y arrastrarlos hacia el fuego, tirando de ellos tres. Llevaba el pecho semidesnudo y una falda de tiras de cuero. Movía las caderas con la cadencia rítmica de la percusión que tocaban algunos monjes y brujas, improvisando.

Se sentaron sobre unas rocas dispuestas en círculo.

—Aquí tenéis —dijo Jana, servicial—: buen vino del monasterio, con un toque de canela y miel, y nuestros pasteles especiales de hierbas.

—¿Hierbas? —preguntó María.

La pelirroja le guiñó un ojo por toda respuesta y se puso a bailar al son de los timbales, como si estuviera poseída. Al moverse así, como si fuera una serpiente estirándose, dejaba entrever sus pechos morenos y su intimidad entre el movimiento de las telas.

María trató de explicarle algo de todo aquello a Diana, que, si bien al principio se mostró asustada, no tardó en animarse y unirse a las mujeres que danzaban. Copa de vino en mano, Ethan y María brindaron. Y así transcurrió gran parte de la velada, entre bailes, pasteles de hierbas y risas, hasta que todos comenzaron a notar que se les nublaba un poco la vista. La mujer del inquisidor sospechó rápidamente de esas hierbas que llevaban los dulces, más las que pudiera llevar el vino. “Bueno”, pensó, “quizá así no me dolerá tanto el “pequeño pinchazo” que me tiene tan nerviosa”. Observo a Diana hablar con un joven y apuesto monje moreno; llevaban ya una hora charlando y

riendo. ¡Entonces lo reconoció! Era uno de los dos monjes que habían estado en su boda, acompañando al obispo; los que se habían sentado a su mesa en el banquete consistente en estofado de jabalí. Aquella fue la primera y única ocasión en que echaron de la mesa a Diana. Se habían reencontrado. María se preguntó cómo sería la vida en el monasterio, luego interrogaría a su sirvienta para cotillear sobre su conversación. Diana parecía haber desistido de su pequeña y platónica atracción hacia el conde Ethan, ya que él no le hacía ningún caso. Pero ahora parecía pasarlo realmente bien con el monje.

Ya era noche cerrada. La *ilargi* (luna o luz de los muertos) dominaba el cielo y empezaba a hacer frío. María sintió ganas de volver a casa. Entonces Jana se aproximó al conde, con sus movimientos serpenteantes, y se sentó a horcajadas sobre él. El ritmo de los tambores cambió. Ethan parecía preparado para el momento. Allí mismo, en medio de todos, Jana y Ethan comenzaron el ritual de reproducción anual.

La *sorgin* mayor se aproximó a María.

–Bueno, rubita, entonces tú debes ser la ofrenda de fertilidad.

Ella asintió, tragando saliva.

–Ven conmigo.

La mujer tomó la suave mano de María entre sus viejas manos rasposas y la llevó a donde Jana y Ethan retozaban. Sin darle tiempo a pensar, le colocó la mano sobre la pareja y pinchó su dedo con una afilada aguja de madera. Apenas dolió. Pronto, comenzó a gotear sangre. La *sorgin* dirigió el reguero de gotas para que cayeran sobre el vientre de Jana mientras gritaba: “Somos creadoras de vida. Sangre engendra nueva sangre. Venga la vida a tu vientre”. A María se le pusieron los pelos de punta; se escandalizó. Aunque el miedo desapareció rápido y fue sustituido por un extraño pensamiento: ella también deseaba buscar un hijo con Caleb. Por primera vez, lo deseaba de verdad. Pensó que sería debido al ambiente, pero lo echó de menos un momento.

El resto de parejas fue retirándose a las tiendas para llevar a cabo sus cópulas, siguiendo el ejemplo de la pareja dominante. El conde recibía así un gran honor. María vio cómo su ayudante Diana también desaparecía tras la cortina de una de las *haimas* con el joven monje moreno. Sonrió. Ahora sí estaba mareada. Necesitó sentarse. Se acurrucó junto al fuego y cerró los ojos, escuchando los jadeos al ritmo de los timbales.

Una hora más tarde, Jana se retiró a una de las tiendas a descansar, sin despedirse siquiera de Ethan. Él, por su parte, se tendió sobre un montón de musgo, bajo un árbol, agotado. Tan solo con los pantalones, su torso desnudo

subía y bajaba mientras trataba de calmar su respiración. Su melena rubia se mezcló con las hojas secas del suelo. María fue a tenderse junto a su amigo, obnubilada y mareada aún por la pérdida de sangre y las hierbas de los pasteles que le habían dado las brujas. Este la abrazó y le dio un beso en la frente.

—Por lo visto, puede que seas el padre de medio reino.

Ethan apartó la mirada.

—Tenemos que hablar de eso. Puede que, de alguna forma, pronto lo sea. El comité está presionando a la reina para que se case. Ella no quiere, prefiere ser independiente y reinar sola, pero está empezando a encontrarse entre la espada y la pared. Ya sabes... o quizá supones, que entre ella y yo hay algo. Nada serio. Nos acostamos de vez en cuando y poco más, pero me ha pedido que sea uno de los candidatos.

María lo miró con asombro.

—¿Puede que dentro de poco seas mi rey?

—Rey consorte. Catherine se protegerá bien para poder seguir tomando las decisiones y no darme ningún poder, como debe ser. No lo merezco. Yo seré un mero figurante, un acompañante. En caso de ser elegido, claro.

—Un acompañante. Eso parece que se te da muy bien —dijo, irónica.

—De momento, todo esto es secreto.

—Tranquilo. Y gracias por confiar en mí.

Ethan la abrazó aún más fuerte y sintió unas ganas locas de besarla en los labios. Necesitaba algo de amor y ternura tras estar con una mujer, y Jana nunca se lo daba. Se contuvo y depositó sus labios entreabiertos sobre la tierna mejilla de su rubia preferida. El corazón de María comenzó a latir acelerado. Pero entonces, apareció Diana, tambaleándose y semidesnuda; preciosa y pícara. Se les echó encima, torpe y riendo, sin casi control sobre su propio cuerpo. Cayó concretamente sobre las piernas de su señora, las cuales comenzó a besar. María se sintió atrapada entre los brazos del conde y su criada, que le subía las faldas y le besaba los muslos con decisión. Su boca se dirigía al sitio que más deseaba, poco a poco. Diana no podía pensar en otra cosa. No había disfrutado lo bastante del joven monje inexperto y, además, estaba obsesionada con su señora. La deseaba y deseaba darle placer más que cualquier otra cosa. Lamió sus muslos una última vez antes de perderse en su rubia intimidad. María gimió, echando la cabeza hacia atrás. Ethan no podía creer lo que veía, y recuperó su erección al instante. Se dejó seducir por los suaves jadeos de su amiga y besó sus blancos pechos hasta que Diana terminó

su trabajo.

María no pudo pensar ni en Caleb ni en nada más en el mundo hasta que todo hubo acabado, simplemente se dejó hacer. No tenía fuerzas para luchar, ni tampoco quería. Solo entonces se acordó de su marido de nuevo. Pese a sus sentimientos encontrados hacia él, lamentó traicionarlo. Se mordió el labio, sintiéndose culpable, pero aún embargada por el placer. Supo que él, por mucho que la ignorara, estaba comenzando a serle fiel de corazón. Aquel era un mundo extraño con unas reglas extrañas... o sin ellas, pensó, antes de dormirse.

Capítulo 6. Culpables

Los días pasaron en relativa armonía, envueltos en un silencio tenso que flotaba por las calles. Era como la calma antes de la tormenta y la mayoría de habitantes del reino de Las tres águilas eran “inconscientemente conscientes” de ello.

Entre María y Caleb seguía creciendo un extraño sentimiento: algo entre el respeto, la admiración mutua, el miedo, las dudas y la atracción sexual. Aún seguían luchando un poco contra ello, por pura costumbre y protección. Pero comenzaban a sentir necesidad el uno del otro y a echarse de menos durante sus mutuas ausencias.

Diana, por su parte, comenzó a hacer frecuentes escapadas al monasterio, cada vez más continuas. María le guardaba el secreto. Su amorío con el joven monje comenzó de forma insatisfactoria, pero mejoraba día a día. La experta criada sentía morbo al enseñarle todo lo que sabía, poco a poco, para no asustarlo. Lentamente, comenzó a olvidar su obsesión por su señora, ya que el deseo animal que sentía por ella no era correspondido de la misma forma. Cada vez le dolía más ver cómo sus jugueteos no eran más que eso para María: excitantes juegos. Nunca se convertirían en el tipo de amor que Diana se dio cuenta que deseaba en el fondo de su corazón.

Entonces llegaron dos noticias que cambiarían sus vidas.

La primera fue que el consejo y la reina Catherine eligieron al nuevo rey consorte: el conde Ethan. Se casaron de forma precipitada, por miedo del consejo de sabios a que la reina cambiara de opinión. En solo un par de semanas, se enviaron misivas a los nobles de los reinos más cercanos y estratégicos, se preparó un gran banquete a base del buen pescado y marisco que se vendía en el puerto del reino de Las tres águilas y se organizó una ceremonia solemne, llevada a cabo por Caleb en el mismísimo salón del trono. Se celebró el enlace matrimonial al mismo tiempo que se coronó al nuevo rey. María y Diana asistieron con sus mejores galas. Comieron, bebieron buen vino y bailaron al son de la hermosa voz de Ederne, la bardo, durante lo que fue un día memorable.

Ethan estaba imponente, vestido como nuevo soberano. Ambas amigas presintieron que lo iban a echar de menos, pues ahora no tendría tanto tiempo para reunirse con ellas en la taberna o para vivir aventuras como la del

Samhain. Ni tiempo ni libertad. Pero se alegraban por él. Al menos, por lo que vieron durante el banquete nupcial, iba a seguir siendo el alma de todas las fiestas y recepciones. No paró de brindar, bailar y alagar a todas las damas que lo felicitaban, con su típico descaro. En eso, no parecía que fuese a cambiar. Efectivamente, ahora era el padre del reino en varios sentidos. Ni él ni Catherine se serían fieles, estaba claro, pero ambos tenían madera de buenos monarcas: valientes, juiciosos y muy prácticos. Formarían un buen equipo.

Parecía que todo iba bien. Incluso se atisbaba una época de felicidad, hasta que, un día, llegó una misiva al templo con la segunda noticia, una muy esperada por todos: una carta del jefe de la guardia que decía que habían encontrado y apresado al culpable de los asesinatos de las niñas. O mejor dicho; a la culpable. La carta acusaba a la hermosa tabernera Ederne, la bardo, y requería la presencia de Caleb como juez en un procedimiento que se celebraría por puro protocolo. En realidad, Ederne estaba sentenciada. Los juicios eran solo un espectáculo.

A María se le llenaron los ojos de lágrimas.

—¡No puede ser, Caleb! Estoy segura de que no puede ser ella. Me lo dice mi intuición. ¿Qué pruebas tienen?

—Bien, esto es confidencial, pero al parecer las niñas estaban drogadas con belladona, producto que múltiples testigos vieron en la habitación de Ederne al alquilarla por horas.

—Eso no se sostiene. La belladona también la usan todas las nobles para agrandarse las pupilas y así parecer más inocentes. Y hasta la propia reina la usa. Es una prueba inconsistente.

—Pero a las nobles no se las puede acusar sin que haya un conflicto diplomático. Ederne ya está en las mazmorras a espera de juicio. No se puede hacer nada.

—No es posible... Algo se tiene que poder hacer. Déjame hablar con ella, por favor.

Caleb miró al suelo, pensativo. En otra ocasión, su respuesta inmediata hubiera sido no. En cualquier ocasión antes de María. Sus severos padres, magistrados del consejo del antiguo rey, lo criaron a base de “noes” y por eso nunca le había costado soltarlo incluso antes de pensar y sopesar las consecuencias. Desde luego, esa determinación le había venido bien para su trabajo. Pero quizá también lo había llevado a cometer injusticias, debido a su

tozudez. Y sobre este caso, él mismo tenía dudas.

–Está bien –dijo finalmente a su mujer–. Date prisa. El juicio es mañana y quieren que sea una mera formalidad. Es decir, un paripé que parezca justo y legal porque el pueblo quiere un culpable. La gente tiene miedo y está desesperada por saber. Se intuye en ese silencio que se ha hecho con la ciudad, en sus miradas huidizas y sus cabezas bajas. El consejo realmente anda perdido con el caso y necesita un chivo expiatorio.

–Y han elegido a la tabernera...

–No tiene familia que pueda molestar con su pena tras su condena a muerte.

Los ojos de la esposa del inquisidor ardieron de rabia. Parecía que en ellos se reflejaban auténticas llamas.

Hizo que Caleb la informara de los detalles del caso y corrió hacia las mazmorras del castillo con un permiso firmado por su marido para entrevistarse con la acusada, ya que Caleb no podía tener contacto con ella por ley hasta el mismo juicio. Se lo mostró a los guardas con tanta fiereza que apenas le echaron un vistazo rápido antes de dejarla pasar.

Nunca había estado en la torre oeste, la de la guardia real. Era un lugar más desangelado que el resto del castillo, con armaduras y armas, aquí y allá, por todo adorno. Descendió a las profundidades de la fortificación, escoltada por el guarda más joven. Un fuerte hedor a humedad y mugre le pegó en la cara. La bardo estaba sentada en un banco de piedra, tras los barrotes de una de las celdas. Su aspecto reflejaba la indefensión que debía sentir: encorvada, despeinada y con el rostro demacrado.

–¡Ederne!

–¡Oh, María! ¿Qué haces aquí? –preguntó con voz lastimera.

Miró de reojo al guarda y bajó la voz.

–Vengo a ayudarte. A no ser que me digas que eres culpable, cosa que intuyo que no es así.

–¡Claro que no! No entiendo a qué tipo de monstruo se le ocurre hacer algo así, ni el porqué. Tampoco entiendo por qué me acusan a mí –añadió, al borde del llanto.

–Eso último te lo puedo explicar: la única prueba encontrada en los cuerpos de las niñas fue el uso de belladona como veneno. Tan solo tú y las nobles la usan. Y ni siquiera van a investigar a una noble...

–¡Pero entonces seguirá matando! Me matarán... o me encerrarán y el año que viene volverá a haber asesinatos, si no antes. No tiene sentido.

–Mi marido y yo estamos de acuerdo. Por eso estoy aquí. Pero tienes que decirme algo que te ayude: tanto una coartada como cualquier sospecha que tengas sobre alguien. Tu juicio es mañana.

–No hay coartada sólida... Yo paso las tardes y las noches en la taberna, a la vista de todos. Pero por las mañanas estoy sola, haciendo compras, arreglando el local o durmiendo. Ni siquiera sé a qué hora desaparecieron las niñas.

Se quedó pensativa un momento, repasando mentalmente los datos que había memorizado previamente.

–La mayoría de niñas desaparecieron por la noche –afirmó.

–Pero entonces... hay decenas de testigos de que no pude ser yo – probó Ederne, esperanzada.

–Sí. Habrá que reunir a testigos sorpresa, feligreses que estuvieran aquellas noches contigo, en tu negocio. El conde, Diana y yo podemos declarar. ¡Lo haremos! Pero el consejo puede decir que escapaste un rato, aprovechando la embriaguez de los clientes. Necesitamos algo más. Tanto el pueblo como el consejo quieren cerrar el caso, y por eso lo que más quieren es encontrar un culpable. El alcohol hace hablar a la gente, ¿nadie te ha confesado nada sospechoso al respecto en la taberna?

–Nada de nada. Ya he estado pensando en ello sin parar desde que vinieron los guardas a apresarme. Le he dado vueltas y vueltas...

–Quien lo hizo llevó mucho cuidado. Es un secreto bien guardado, pues tampoco se ha confesado nadie con Caleb. Habrá algún hombre o mujer por el reino actuando raro, por no sentirse limpio de pecado y por sus remordimientos, pero disimula bien.

–Damos por hecho que tendrá remordimientos. Debe ser frío como el hielo para hacer eso, por tanto no creo que esté disimulando. Más bien será un sociópata sin empatía que no sentirá las consecuencias de sus actos.

–Lo siento, Ederne... Me gustaría ayudarte más. Si sospecháramos de alguien, sería algo definitivo para que el foco dejara de apuntarte a ti, pero tan solo con coartadas... creo que solo ganaremos tiempo.

–Puede que ganar tiempo sea mi salvación y que alguien dé un paso en falso.

–Ojalá sea así.

Tras una noche en vela tanto para Ederne como para todos sus amigos y conocidos, llegó el juicio. La tribuna se dispuso en la plaza del pueblo y el evento se preparó con toda solemnidad y ceremonia. María y Diana fueron como testigos, pero aguardaron su turno como espectadoras. Allí se agolpaban el resto de habitantes y algunos de los nobles, entre cuchicheos maliciosos y gritos ahogados de expectación. Ambas se estremecieron al ver cómo la gente abucheaba a Ederne al entrar escoltada por los guardias.

—Qué pena... —susurró Diana—. Aunque al final quede libre, su honor no volverá a reestablecerse jamás. Parte del pueblo tardará años en reestablecer su confianza en ella y volver a su taberna.

—Si es que queda libre. Ya te he dicho que solo tenemos coartadas, pero eso no suele ser suficiente en casos como este.

Los reyes se sentaron en un lugar preferente elevado y Caleb llamó al orden al gentío. Comenzó el procedimiento de la forma habitual. María admiró secretamente su templanza. Cuando se enteró del tipo de trabajo que tendría su futuro marido, lo imaginó como a un ogro sin sentimientos, pero ahora que conocía su infancia y que veía la responsabilidad que conllevaba su cargo desde dentro y la eficiencia con la que actuaba, lo veía con otros ojos. Lo que María no sabía era que la frialdad de Caleb ante la mayoría de casos había disminuido desde que ella estaba en su vida. Ella lo había hecho más sensible en poco tiempo. Lo había hecho mejor.

En realidad, todo se reducía a que él quería ser mejor para ella y por ella. Mejor a sus ojos.

El inquisidor sorprendió al público y al consejo llamando a declarar a varios parroquianos asiduos a la taberna, entre ellos su ayudante y su mujer. Todos declararon haber estado con Ederne varias de las noches en que se produjeron las desapariciones, viéndola cantar y servir jarras en la taberna. Algo tan simple como eso dejó al consejo descolocado. No porque fuese algo de lógica aplastante, sino porque no esperaban que hubiese testigos ni interferencias, solo querían darle al pueblo el circo que buscaba y acabar rápido. Comenzaron a murmurar y mirarse entre sí. Sin duda, la declaración de la propia esposa del juez e inquisidor tuvo su peso e hizo que el gentío comenzara a dudar. Pero nadie estaba preparado para el último testigo que subió al estrado: el propio rey.

El recién estrenado y flamante rey Ethan tenía el rostro más serio que de costumbre. Apreciaba a Ederne, pero había algo más: él sí tenía motivos para asegurar que ella era inocente.

Ni siquiera María y Caleb esperaban lo que iba a decir:

–Amado pueblo de Las tres águilas, no solo me veo obligado a corroborar que yo mismo vi a la acusada en su taberna durante varias de las noches en las que se produjeron las desapariciones, sino que tengo pruebas que señalan directamente a la verdadera culpable.

Un murmullo de asombro se elevó sobre las cabezas de los espectadores.

–Las pruebas que se han expuesto consisten en el uso de la planta belladona como veneno –continuó–, pero lo cierto es que no solo Ederne poseía extracto de esta planta con fines estéticos, muchas nobles lo poseen entre sus remedios de aseo. Entre ellas, mi esposa.

Un nuevo murmullo mucho más fuerte ocupó la plaza.

–¿Qué queréis decir? –preguntó el portavoz del consejo, nervioso.

Caleb ordenó a Ethan que continuara.

–No solo me fijé en que mi esposa, una buena reina entregada a su pueblo, tenía este producto en su tocador, sino que descubrí que guardaba cantidades ingentes de él en un baúl situado en los pies de nuestra cama. Esto me hizo sospechar.

La reina se revolvió en su asiento y se levantó para interrumpirlo. Entonces la guardia real se apostó a los pies de su alta silla, rodeándola.

–Supongo que tendréis más pruebas que un buen suministro encargado al alquimista para insinuar tal cosa –aventuró Caleb.

–Encontré el lugar donde murieron. Está lleno de sangre y cabellos de las víctimas: la parte alta de la torre este, sobre la galería de la corte. Sobre el lugar donde bailé, canté y bebí en mi propia boda. Encima de la estancia donde he pasado algunos de los momentos más felices de mi vida, sucedió el horror. Hay una escalera secreta que lleva a esa pequeña sala, con hasta seis jaulas de hierro con forma humana ancladas a la pared. La descubrí hace apenas unas horas, explorando el castillo con mi llave maestra.

La reina se alzó de un salto. La guardia le cortó el paso con sus hachas de mango largo. La gente gritó y los padres de las víctimas comenzaron a llorar desconsolados.

–¡No tiene por qué haber sido cosa de la reina! –gritó un magistrado–. Cualquier empleado con una copia de esa llave, o algún espía, pueden haber usado esa sala de tortura.

La plebe empezó a murmurar que aquel miembro del consejo tenía razón, pero entonces, Catherine comenzó a llorar sin poder evitarlo, dejándose

a sí misma en evidencia. Se desmoronó poco a poco por completo.

Cuando fue capaz de recomponerse, Caleb le dio la oportunidad de hablar. Comenzó culpando a una bruja errante que le había dado recetas de sangre para mantener la fertilidad y el poder, pues confesó que el consejo la presionaba tanto a veces con casarse y engendrar que temía perder el trono, pero terminó inculpándose a sí misma y solo a sí misma por haberlas seguido, por haberlas exagerado en su desesperación y por la forma salvaje de obtener sangre joven.

–Pido un receso de unas horas –ordenó Caleb, desconcertado–. Que parta ahora mismo una delegación a investigar el lugar que el rey describe. Yo los acompañaré.

De inmediato, partieron hacia el terrible lugar acompañados también de los padres de las víctimas. No hubo duda. No solo aún quedaba algo de sangre allí, sino también cabellos reconocibles en las jaulas y algunas ropas tiradas en un rincón. Fue una experiencia desoladora y esclarecedora al mismo tiempo, prueba de hasta dónde está dispuesto a llegar alguien por mantener el poder, como siempre ha pasado en todas las eras. Cómo se puede ser capaz de destruir así una vida, pensaban todos. A veces ocurre de forma sutil y sin levantar sospechas de que se está arruinando las vidas de otros solo por miedo, y otras veces de forma salvaje, como así había sucedido en esta ocasión. Detrás de la discreción y eficacia de la reina, había una mente sociópata y retorcida, derivada de años de poder absoluto y la certeza de que “poseía” las vidas de sus gentes.

Volvieron a la plaza con las nuevas pruebas y Caleb dictó sentencia. Sus caras largas y sus cuerpos estremecidos anunciaban lo evidente:

–La reina ha sido hallada culpable. Por tanto, queda regalada de su cargo y desposeída de todas sus propiedades y patrimonios. Al ser de noble cuna, no puede ser ajusticiada, así que será condenada a permanecer de por vida en las mazmorras del castillo o hasta que ella misma quiera dar fin a su existencia, para lo cual se le facilitarán medios sin que su alma incurra en pecado. Por otra parte, Ederne la bardo queda absuelta de toda acusación. Se le otorgará una compensación por el daño moral.

Un grito de júbilo recorrió la plaza al escuchar esto último, pues, aunque el pueblo se había dejado llevar por el morbo a la hora de abuchear a su cantante y tabernera favorita, la mayoría de ellos la adoraban. Nadie quería quedarse sin su alegre antro, punto de reunión y desfogue tras las duras jornadas de trabajo.

María y Diana se abrazaron entre sí y fueron inmediatamente a abrazar a Ederne también.

Epílogo

Una vez se calmaron las aguas, María fue a visitar al rey Ethan, sabiendo que se sentiría aliviado, pero muy solo. Entró en la sala del trono y la observó con ojos distintos a como lo había hecho anteriormente. Tenía una sensación de inicio y de final al mismo tiempo. Efectivamente, aquello era el fin de una era. Catherine había sido una buena reina, en apariencia. Había sabido complacer a todos los nobles, conceder algunos favores a los plebeyos para tenerlos contentos mientras pasaba de su problema de pobreza perpetua y, sobre todo, había sabido ocultar bien su locura. Ahora comenzaba otra era. ¿Qué tal sería Ethan como rey?

El citado monarca salió a recibirla. Parecía cansado y algo ausente.

–Preciosa –saludó, besándole la mano.

Ella respondió con una modesta reverencia.

–¿Cómo estás, Ethan? Si puedo dirigirme a ti así en la intimidad.

–Claro que sí. Y claro que solo en la intimidad.

El rey la llevó al pequeño salón de té que tenía junto a sus aposentos. Ordenó a una criada del servicio que encendiera la chimenea y que les trajera unas infusiones y algo de picar.

–Lo cierto es que me siento muy solo. Siento que esto me viene grande. A Catherine no le dio apenas tiempo a explicarme el funcionamiento del reino. Tan solo tenía interés en que yo fuera su acompañarte, su consorte, y ya está, así que tampoco me informó mucho. Ahora me tendré que rodear de buenos consejeros.

–Lo harás bien, ya verás.

–No lo tengo claro, pero lo intentaré. Me quedan muchas aventuras y retos por delante. Tendré que viajar a los reinos vecinos y tratar de no dejarme agasajar demasiado por los nobles. Los conozco bien, soy uno de ellos: cuando te hacen regalos y muestran demasiado interés por ti, es que algo quieren a cambio. Normalmente, poder o indulgencia.

–Pues ya llevas una gran lección aprendida.

–Sí, pero es fácil dejarse deslumbrar incluso sabiéndolo. Por eso es importante rodearse de consejeros que no sean también unos interesados, que no tengan nada que ganar o perder. Y me gustaría que tu marido fuese uno de ellos, aunque ya tiene bastante trabajo. ¿Sabes? Se me acaba de ocurrir, ¿por qué no lo eres tú?

–¿Yo?

–Sí. Has demostrado ser juiciosa, fuerte, valiente y compasiva. También atrevida. Eres perfecta. De hecho... te encuentro tan perfecta que, más que mi consejera, en realidad me gustaría que fueses mi reina.

–¡¿Cómo?! ¡¿Pero qué estás diciendo?! –exclamó ella, sorprendida–. Por mucho que me halagues, sería imposible, ya estoy casada. ¿O estabas bromeando?

–No estoy bromeando. Si me dices que sí, yo mismo puedo darte la nulidad matrimonial. Te libaría de la esclavitud de tu enlace pactado. Te hago la petición formal: María, ¿quieres ser reina junto a mí?

–Si no sintiera lo que siento a día de hoy por Caleb, me dejaría deslumbrar por tus ojos y por la posibilidad de ser reina. Te aprecio mucho, como amigo y como rey. No quiero que eso cambie.

–Vaya, una pena. Te imagino como una reina perfecta.

–Acepto ser tu asesora y consejera, eso sí. Cuanta conmigo para ello. Además, no podría ser tu reina porque... hay algo más: el hijo que espero no sería tu heredero. Al menos, no uno legítimo –añadió, acariciándose el vientre, anunciando la noticia.

Una vida creía dentro de María, y estaba orgullosa de que fuera de Caleb. Jamás imaginó que sus extraños inicios acabaran de forma tan satisfactoria. Al principio, se decía a sí misma que estaba aprendiendo a amar al monstruo, pero cuanto más lo conocía más se daba cuenta de que no había ningún monstruo, tan solo un hombre dedicado en cuerpo y alma a su trabajo que no había recibido amor de niño, solo exigencias. Ahora solo quedaba tratar de hacerlo mejor con su propio hijo, en ese reino maravilloso en el que había encontrado su verdadero hogar y en el que aún quedaban muchas aventuras por vivir.